CUADERNOS historia 16

Los Templarios

Malcolm Barber



219

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.
IMPRIME: MELSA.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Las órdenes militares en la Edad Media: Temple, Alcántara, Santiago y Calatrava (litografía de Serra, siglo XIX)

Indice

LOS TEMPLARIOS

Por Malcolm Barber
Historiador.
Universidad de Reading (Inglaterra).
Traducción Carlo Caranci.

Rueda de la Fortuna 6
Los templarios, prestamistas 7
Templarios y cruzadas 8
Un poder político 10
Los templarios en Francia 14
Hacia el cenit y el fin 20
Finanzas y moral 25
El cadalso 27
Bibliografía 31
Textos .... I-VIII

Los Templarios

Por Malcolm Barber
Historiador. Universidad de Reading (Inglaterra)
Traducción Carlo Caranci

A lo largo de la segunda y tercera décadas del siglo XIII Jacques de Vitry, obispo de Acre entre 1216 y 1228 y luego cardenal-obispo de Túsculo [la actual Frascati, en el Lacio], escribió una serie de *exempla* o historias que podían utilizarse para predicar. Entre ellas se hallaba la siguiente anécdota: *[...] y sucedió que cierto noble caballero que había llegado de allende el mar de las regiones de Francia para llevar a cabo un peregrinaje, fue capturado con algunos caballeros de la hermandad del Temple, y dado que era calvo y barbudo los sarracenos creyeron que era un templario y que por ello debía ser muerto junto con los demás. Sin embargo, los demás caballeros laicos no fueron muertos sino que se los condujo al cautiverio, y cuando le dijeron: «Eres un templario», el hombre respondió: «Soy un caballero seglar y soy un peregrino.» Pero los sarracenos dijeron: «Al contrario, eres un templario», y aquel hombre, lleno de devoción por la fe, alargó el cuello y dijo: «En el nombre del Señor, soy templario.» Y en cuanto dijo esto le asestaron un golpe con la espada como a los hermanos del Temple y un «nuevo templario» fue al encuentro del Señor, felizmente coronado por el martirio.*

Desde el punto de vista de Jacques de Vitry, el valor de la Orden del Temple respecto a la fe podía medirse por el hecho de que los musulmanes *los odiaban sobre todas las cosas,* mientras que entre los cristianos, desde un principio, *eran considerados por todo el mundo como santos.* Por las fechas en que escribió esto el obispo, los templarios existían desde hacía más de un siglo, y la Orden se había convertido en una empresa internacional con intereses en la agricultura, la banca y el transporte marítimo, y con filiales en todas las tierras de la Cristiandad latina. Los miembros de esta corporación masculina estaban sometidos a una Regla estricta y obligatoria, y sólo eran admitidos en ella después de ceremonias de iniciación ritualizadas, por lo general realizadas en secreto, que los constreñían a una obediencia absoluta. Por estas fechas su número debía de alcanzar los 5.000 individuos, aunque sus empleados y dependientes debían ser sin duda siete u ocho veces más numerosos. Lo más sorprendente era que disponían de un ejército permanente en los Estados cruzados del Próximo Oriente, integrado por unos 600 caballeros y quizá 2.000 sargentos o hermanos servidores, y asimismo turcópolos y mercenarios; en ciertas épocas llegaron a formar guarniciones al menos en 53 castillos y plazas fortificadas.

Esta gran organización tuvo comienzos modestos, pues surgió de la determinación de dos caballeros franceses de segunda fila, Hugues de Payns y Godefroi de Saint-Omer, que dedicaron sus vidas a la caritativa labor de proteger a los peregrinos que visitaban el Reino de Jerusalén, en particular a lo largo del camino que iba de Jaffa a la ciudad santa, y, pasado ésta, en los empinados y rocosos declives que llevaban hasta el valle del Jordán. Eran probablemente colonos de la primera generación en el Próximo Oriente, que se habían asentado allí inmediatamente después de la conquista de Jerusalén en 1099 por las fuerzas cristianas durante la Primera Cruzada. Parece ser que iniciaron su autoimpuesta tarea hacia 1119.

Su nombre deriva de su relación con la zona del templo de Jerusalén. Recibían pequeñas donaciones del rey, del patriarca y gracias a los cánones del Templo adyacente a la mezquita de Al-Aqsá, que según los cruzados había sido el de Salomón. Cuando el rey Balduino II (muerto en 1131) trasladó su residencia desde allí a la Torre de David, los templarios lo ocuparon por completo. Acabaron apoderándose de toda esta zona a partir de la Cúpula de la Roca o Templo del Señor, como lo llamaban los cruzados, que fue transformado en iglesia cristiana hacia 1142.

Según el más importante historiador de los Estados cruzados del siglo XII, Guillermo, arzobispo de Tiro, juraban los templarios vivir en la pobreza, castidad y obediencia al patriarca de Jerusalén y otros obispos. Tal dedicación a una actividad caritativa era un impulso que ya había animado a otras personas de su tiempo.



San Bernardo de Claraval fue el gran impulsor del Temple como orden religiosa, dotándola de una regla y apoyando su aprobación ante el Papa. En la ilustración, San Bernardo, predicando a sus monjes (miniatura del libro de Horas, *de Etienne Chevalier, por Fouquet, siglo* XV*)*

Llenos de entusiasmo por purificar la Iglesia, entusiasmo provocado por el movimiento papal de reformas del siglo XI, por los éxitos de la Primera Cruzada, y por la difusión de los movimientos pacifistas en el seno de la sociedad feudal, muchos hombres, individualmente o en grupos, habían decidido llevar una vida más pura.

En ocasiones lo hacían con propósitos caritativos específicos, como estos primeros templarios; otras veces, simplemente para escapar de lo que pensaban que era un modo de vida cada vez más materialista que se extendía por la sociedad contemporánea. De presupuestos semejantes habían surgido órdenes monásticas duraderas, como los cartujos y los cistercienses, pero, al mismo tiempo, había habido muchos casos oscuros que se habían mantenido sólo poco tiempo, o que habían encauzado sus entusiasmos hacia herejías populares. Los primeros templarios no fueron, pues, diferentes de los demás: píos legos que buscaban una salida a sus impulsos religiosos.

Pero la combinación de un estilo de vida cuasimonástico y de una función militar representó una novedad. Para seguir a Cristo contra los infieles y





proteger a los peregrinos de los bandidos, fue necesario blandir la espada. Los escritores eclesiásticos y los juristas canónicos siguieron el punto de vista agustiniano de que a veces se hacía necesario. Según él como remedio del pecado, el guerrero justo debería aceptar la obligación de impedir que los que hacían el mal infligiesen daño a la sociedad. Y al hacer esto debía tener razones irreprochables y no actuar en ningún momento por maldad o crueldad o en beneficio personal. Además, según el pensamiento de Agustín, no sólo era necesario tener razones y fines adecuados, sino también actuar bajo el mando de una autoridad legítima.

En la época de Gregorio VII (1073-1085) comenzaba a considerarse que esta autoridad residía en el Papado, pues había sido este pontífice quien había utilizado constantemente la fuerza para apoyar los derechos papales. Con ello modificaba la idea medieval de que el *soldado de Cristo* era una figura monástica que luchaba contra las fuerzas del mal con armas espirituales, y convertía a aquél en un soldado de verdad, que combatía en sentido literal con una espada real. Esto ayuda a hacer comprensible lo que a primera vista parece extraño, es decir, el desarrollo de una orden guerrera de monjes que representaban a una religión presuntamente pacifista. No hace falta buscar, de esta forma, las fuentes de inspiración del concepto de una orden militar en el mundo musulmán, pues sus raíces están firmemente arraigadas en la sociedad cristiana occidental de los primeros años del siglo XII.

Rueda de la Fortuna

De cualquier forma, en un primer momento no se les prestó demasiada atención. En realidad, parece incluso que algunos de los primeros templarios tuvieron sus dudas sobre la legitimidad de lo que estaban haciendo. Esta iniciativa, de hecho, podría haberse agotado fácilmente, como le sucedió a otras de su tiempo. Pero tenían poderosos amigos, entre los que se contaban los condes de Anjou y de Champagne, que se les habían asociado durante las peregrinaciones a Tierra Santa, en los años 20 del siglo XII, y, sobre todo, Bernard de Claraval. Gracias a la intercesión de todos éstos obtuvieron el reconocimiento oficial del papa en el Concilio de Troyes de 1128, y una Regla latina escrita. En los primeros años 30 del siglo XII, Bernard —San Bernardo— escribió un tratado que los apoyaba, *Elogio de la Nueva Caballería.* En él, destacaba las virtudes de estos caballeros religiosos comparados con los caballeros laicos normales, que combatían sólo por motivos bajos y frívolos.

La publicidad que siguió a todo esto provocó una oleada de interés que se tradujo enseguida en do-

Felipe IV el Hermoso, *rey de Francia, tiene el dudoso honor de haber terminado con el Temple*

naciones, reclutas y nuevos miembros. Durante la tercera década del siglo XII parecen haber inspirado a la orden de los hospitalarios, que había sido desde los años 80 del siglo anterior una institución caritativa que cuidaba de los peregrinos y de los enfermos en Jerusalén, y que acabaron adoptando también una función militar. El éxito de los templarios se vio más adelante coronado por varios privilegios papales, otorgados por bulas expedidas entre 1139 y 1145. Ello convirtió a los templarios, que hasta ese momento no eran sino un pequeño grupo de laicos píos dependientes del patriarca de Jerusalén, en una organización prácticamente autónoma, y teóricamente responsable sólo ante el papa.

Sin embargo, esta nueva orden no estaba destinada a gozar de la longevidad de las nuevas órdenes monásticas como las de los cistercienses o los cartujos. En Francia, en 1307, sus miembros fueron detenidos por agentes del rey Felipe IV, y acusados por la Inquisición de graves delitos de herejía. En 1312 el papa Clemente V decidió que la orden estaba demasiado desprestigiada como para continuar en vigor; fue suprimida y sus tierras transferidas a los hospitalarios.

El rápido crecimiento de la Orden y su espectacular caída proporcionó un ejemplo modélico para la escuela de la *Rueda de la Fortuna* de cronistas medievales, entre los cuales Guillermo de Tiro fue el más prominente. Escribió durante el último cuarto del siglo XII, y afirmó que si bien en un primer momento no se alejaron de sus nobles metas, más tarde acabaron olvidando la virtud fundamental de la humildad que, no por ocupar el último lugar, debe dejar de ser tenida en cuenta. Consecuencia de esto fue que también los historiadores modernos —con menos excusa que Guillermo de Tiro— parecen haber caído en posturas moralizantes cuando tratan de la historia del Temple.

Se dice que el distinguido historiador francés Robert Fawtier constató que los templarios eran *hombres sucios,* y desde que el clérigo anglicano Thomas Fuller, en el siglo XVII, habló de *cómo estos desagradecidos templarios arrancaron las plumas de esas alas que los habían incubado y empollado.* Los historiadores, en general, han mostrado tendencia a exagerar sus defectos, por lo que han sido acusados de ser imprudentes en el combate y pendencieros en sus relaciones con los demás cristianos, y se ha convertido en un lugar común el asociarlos con esos dos feos vicios, hermanados en el mundo medieval: el orgullo y la avaricia.

Aunque es cierto que en determinados momentos algunos, o la totalidad, de estos epítetos pudieron ser considerados apropiados, lo primero que debemos ver es el porqué Jacques de Vitry creía que la narración acerca de un hombre orgulloso, ejecutado por ser templario, podía emocionar al público contemporáneo. En resumen, se trata de tener en cuenta los aspectos positivos de la historia de los templarios. Realmente, durante casi dos siglos, la Orden contribuyó ampliamente al esfuerzo militar de los Estados cruzados, a la protección de los peregrinos y a la financiación y aprovisionamiento de aquéllos que se aventuraban a realizar los peligrosos viajes hacia Ultramar. Viajes éstos que nunca fueron rutinarios, pese a la creciente complejidad de las comunicaciones mediterráneas en el siglo XIII.

Puede considerarse ejemplar el papel jugado por los templarios en la expedición del rey Luis VII de Francia durante la Segunda Cruzada. En el viaje a través del Asia Menor, durante el invierno de 1147-1148, sólo la presencia de los templarios mandados por su Gran Maestre, Everard des Barres, permitió salvar al ejército real de una completa desintegración. La carencia de aprovisionamientos y los continuos ataques de los turcos contra la columna en movimiento culminó en la derrota de la montaña de Cadmos, en enero de 1148, en la ruta entre Laodicea y Attalia. Desesperado, el rey pidió ayuda a los templarios.

El cronista de Saint-Denis, Odon de Deuil, describe cómo los templarios pudieron conservar cuidadosamente sus posesiones para tales crisis, y cómo cuidaron especialmente de los caballos incluso cuando ellos mismos carecían de lo más necesario. Por ello, el rey colocó a su ejército bajo el mando de los templarios, que impusieron una mayor disciplina en la marcha, evitando que los caballeros cargasen contra los turcos cuando éstos fingían retirarse, y asignando a cada uno un lugar definido en las columnas. En Attalia, el rey decidió continuar viaje por mar, alquilando algunos barcos a los bizantinos con el fin de poner rumbo a San Simeón, en el Principado de Antioquía, adonde arribó el 19 de marzo.

Por estas fechas Luis VII se había quedado casi sin fondos, como resultado de los desembolsos hechos a las tropas durante la marcha, y a los altos precios que los bizantinos les impusieron por los alquileres de los barcos. El 10 de mayo Everard des Barres fue enviado de Antioquía a Acre para obtener dinero, tanto el procedente del tesoro de los templarios como el conseguido gracias a la garantía de éstos, o ambos a la vez. Y Luis VII dio orden escrita a sus regentes en París para que restituyesen este dinero a la Orden en Francia.

Los templarios, prestamistas

Ya avanzado el año, en una carta al abad Suger, su principal regente, el rey afirmó que le habría sido imposible permanecer en Tierra Santa si no hubiese contado con la ayuda de todo tipo recibido del Temple, y encargó a Suger que reembolsase las considerables sumas que había recibido en préstamo, sin las cuales, decía, la Orden habría caído en bancarrota. Las sumas son realmente grandes para la época: a Suger se le dijo que proporcionase 2.000 marcos de plata en una sola entrega, mientras que otro de los regentes, Raul, conde de Péronne, hubo de conseguir 30.000 libras francesas para la restitución. Pese a que es difícil calcular los ingresos reales y principescos, pues los funcionarios locales solían pagar el dinero antes de depositar la tributación en las tesorerías principales

—por lo que las estimaciones de los ingresos totales podían ser muy bajos—, no parece que los ingresos por propiedades de los Capetos en los años 70 del siglo XII solamente ascendiesen a unas 60.000 *livres parisis* al año.

Si esto es así, los préstamos de los templarios pudieron representar muy bien más de la mitad de las rentas de la Corona por propiedades a mediados de siglo. No es sorprendente que esto llevase a la Orden muy cerca de la bancarrota, dados sus escasos recursos sólo veinticinco años antes. Es posible que Luis VII sólo pudiese restituir el dinero a la Orden en base a los impuestos extraordinarios que había ordenado específicamente para la cruzada. Tales sumas son interesantes también como índice del poderío financiero potencial del Temple: Flandes, cuya riqueza aumentaba continuamente gracias a la expansión del mercado de sus productos textiles, aportó bastante menos de 10.000 libras flamencas en 1187. Mientras, la Inglaterra de Enrique II sólo obtenía una media de 25.000 libras esterlinas al año, lo que acaso equivalía a 50.000 *livres parisis.*

Así, pues, está claro que desde los tiempos de la Segunda Cruzada comienzan a diferenciarse la actividad financiera y la militar, que abarcan mucho más que el simple patrullaje de las rutas de los peregrinos. Durante la segunda mitad del siglo XII, su actividad militar se hizo ubicua: defensa de las columnas en marcha, conducción de cargas, protección de forrajeadores, transporte de provisiones, recogida de cadáveres después de las batallas, asesoría estratégica y táctica, y reconstrucción de fortificaciones. En 1307 Jacques de Molay, el último Gran Maestre, rememoraba el largo servicio de los templarios y de los hospitalarios en la protección de los ejércitos cruzados, que muchas veces estaban formados por gente sin experiencia en la guerra, o bastante poco adecuada para tomar parte activa en cualquier tipo de combate.

Las Ordenes, decía, *cubrieron y envolvieron a los extraños que estaban entre ellos como hace una madre con su hijo.* Además, el peso financiero de los templarios les proporcionó suficiente poder como para reclutar mercenarios, tanto utilizando sus propios recursos como gracias al dinero depositado en sus arcas para fines relacionados con las cruzadas. Así sucedió con el entregado por el rey Enrique II de Inglaterra, una parte del cual se utilizó de este modo durante la crisis de 1187. Incluso cuando la Orden se encontró con escasos fondos, tuvo una considerable capacidad de obtener créditos. Por ejemplo, en 1149, el senescal explicaba cómo había obtenido un préstamo de 8.000 besantes, con el fin de contratar a mil siervos y mercenarios para que colaborasen en la liberación de Antioquía, como auxiliares de una fuerza armada templaria de 120 caballeros.

En una época en que la guerra se estaba convirtiendo cada vez más en tarea de especialistas, la posibilidad de contratar los servicios de tales personas era vital. Además, la importancia de los templarios no deriva sólo de su experiencia ni de su valía militar, sino también del hecho de que continuaban llenos de ardor por la guerra santa. En un momento particularmente peligroso, en 1219, en tiempos de la Quinta Cruzada, la de Egipto, cuando el enemigo hubo roto las defensas cristianas, fue rechazado porque —en palabras de Oliverio, director de la escuela catedralicia de Colonia y testigo presencial— *el espíritu de Gedeón animó a los templarios.*

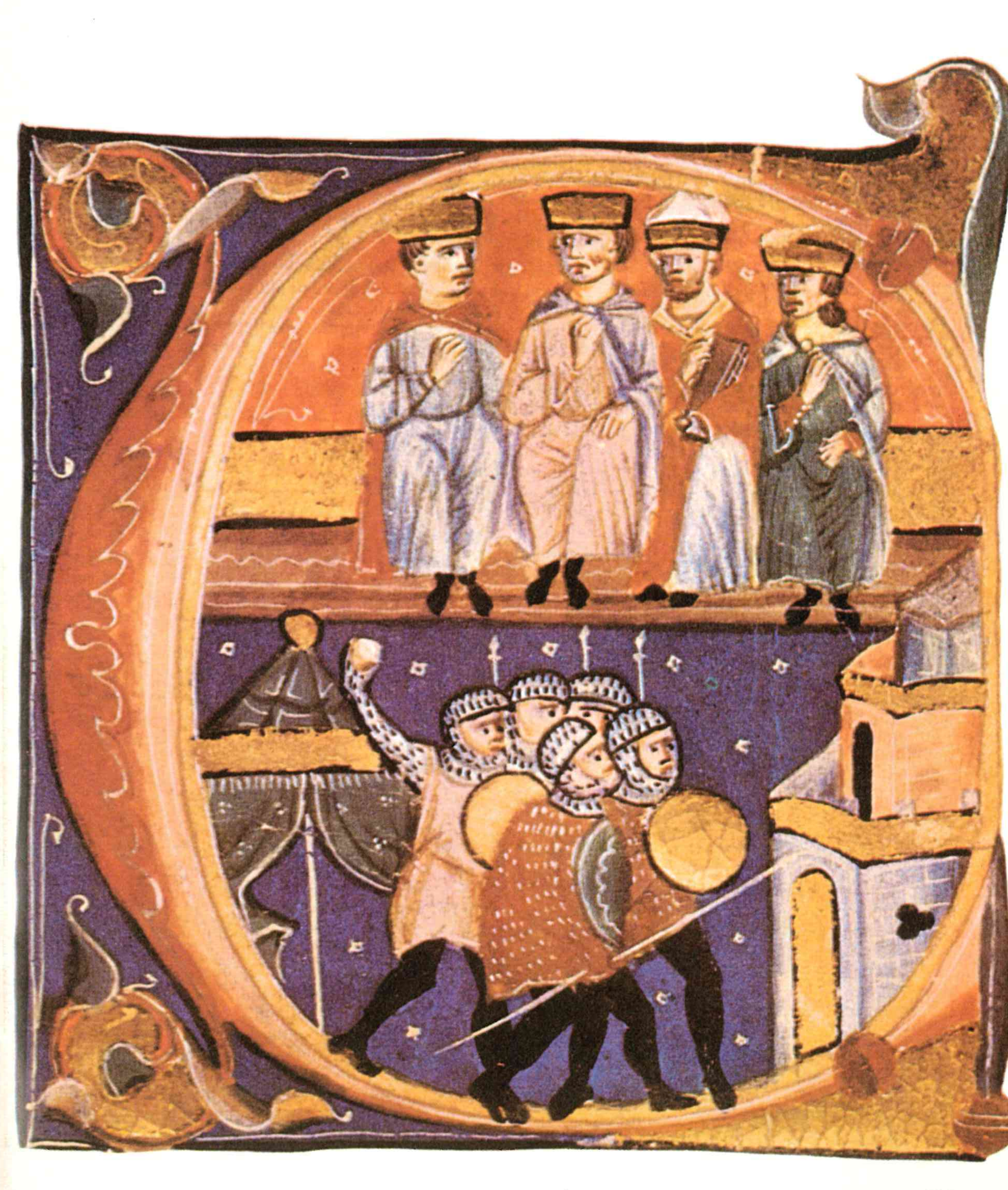
Templarios y cruzadas

La importancia militar de los templarios estaba relacionada con una segunda característica, también notable, la del papel de la Orden durante la cruzada de Luis VII, es decir, el del aprovisionamiento de caballos. Después de la derrota cristiana en Hattín, en 1187, el secretario y canciller de Saladino, Imad ad-Din, comentaba este aspecto fundamental de la organización militar de los francos: *Entre los aspectos sorprendentes de esta batalla está la circunstancia notable de que el caballero franco, mientras su caballo esté a salvo y sano, no puede ser derribado. Protegido de la cabeza a los pies por una cota de malla que lo hace semejante a un bloque de hierro, no se ve afectado por los repetidos golpes; pero en cuanto se mata al caballo, el caballero es derribado y capturado. Aunque ellos eran miles, en el botín no había caballos ni monturas* [...]. Eran necesarios muchos caballos. Si hubieran mantenido las asignaciones dadas en la versión francesa de la Regla, cuyas partes más relevantes datan probablemente de los últimos años de la década del sesenta del siglo XII, los templarios habrían necesitado mantener al menos 4.000 caballos en el Próximo Oriente. Ello, además de camellos y mulas, necesarios para proveer a los combatientes y a los peregrinos. Como parece decir Imad ad-Din, las pérdidas debieron ser fuertes, en especial para las órdenes militares, cuyos miembros solían ocupar las posiciones más expuestas en los combates y en las columnas.

Igualmente importante en Ultramar era dotar de guarniciones a los castillos, pues la estrategia militar de los *francos* se basaba en su conservación, sobre una tierra en la que era prácticamente imposible evitar la penetración de tropas enemigas. A los templarios se les cedieron castillos en los montes Amanus, en Cilicia, ya al final de la tercera década del siglo XII, y se les otorgó la guarnición de Gaza, al sur del reino de Jerusalén, entre 1149 y 1152. Entre mediados de siglo y la batalla de Hattin, las órdenes militares comenzaron a posesionarse de castillos, a construirlos o a reconstruirlos, y a establecer cuarteles en las mayores ciudades.

Se debió a la iniciativa de los templarios el que, en contra de los términos de la tregua con Saladino, se construyese el efímero *castrum* en el vulnerable cruce del Vado de Jacob (Chastelet) en 1178-1179, cuya guarnición estaba compuesta por 80 caballeros y 750 sirvientes. En el importante cruce de caminos de La Fève, en el valle de Jezrael,

Los jefes de la II Cruzada, Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia, en una miniatura del siglo XIII. La II Cruzada se libró de la desintegración y el exterminio gracias a los caballeros templarios, que se hicieron cargo del ejército francés, lo reorganizaron, avituallaron y prestaron el dinero que precisaba para llegar al fin de su empresa



construyeron un enorme depósito en el que tenían ganado y gran cantidad de provisiones.

Pero no olvidaron su finalidad originaria, pues edificaron varios fuertes específicamente para la protección de peregrinos, como en Casal des Plains, cerca de Jaffa, y en Maldoim, sobre la muy utilizada pero peligrosa ruta que iba de Jerusalén al Jordán. En el reino de Jerusalén, solamente en el período anterior a la batalla de Hattín, la Orden tenía trece fortalezas, sin contar sus posesiones en las ciudades y otros centros, y además de sus intereses puramente agrícolas, como los molinos del río Na'amán, cerca de Acre.

Sin embargo, los dos mayores castillos de los templarios se debieron a proyectos de construcción del siglo XIII. Atlit —el Castillo de los Peregrinos— surgió en un espolón que penetraba en el mar, al sur de Acre, en 1217-1218. Los templarios lo conservaron hasta la caída de Acre en 1291, tras lo cual fue abandonado. Oliverio de Colonia estuvo muy informado respecto de este castillo, al que describe con dos enormes torres de piedra labrada, de 100 pies de altura y 74 de anchura. Los hombres armados podían cabalgar en el interior, a lo largo de las murallas que unían tales torres. Eran una parte de una triple línea de defensa, pues detrás había otra muralla con tres torres, y, en tierra firme, las murallas de una pequeña ciudad. Si se hacía necesario, el foso situado entre la muralla exterior y la ciudad podía ser inundado con agua de mar.

En el interior, el castillo reflejaba la naturaleza dual de la Orden, pues era un recinto monástico y una fortaleza al mismo tiempo. Estaba construida, según Oliverio, de modo que los templarios pudieran estar alejados de los pecados de la ciudad de Acre hasta que Jerusalén, perdida después de Hattín en 1187, no fuera recuperada. Otra gran ventaja en una costa con pocos abrigos naturales era que disponía de un buen puerto. La existencia de este castillo alejó a los musulmanes de las proximidades de Acre, y permitió a los cristianos explotar los recursos naturales de la región, que incluían pescado, sal, viñas, frutales, madera, pastos y prados.

Sáfad, en Galilea, era el segundo de estos grandes proyectos. Lo había vendido a los templarios el rey Amalrico I en 1168, pero, tras larga lucha, había caído en manos de Saladino veinte años más tarde. En 1240, según los términos del tratado negociado por Ricardo de Cornualles, los templarios recuperaron lo que entonces no era más que una ruina, y se impusieron la tarea de reconstruirlo. Las obras terminaron entre 1241 y 1244, lo que dio a la Orden el más grande castillo del reino de Jerusalén, cuyas dimensiones eran de 400 metros por 95, con forma de elipse.

Según un documento anónimo de las décadas de los sesenta del siglo XIII, cuyo autor fue casi seguramente un templario, el castillo requería una guarnición de 1.700 hombres en tiempo de paz y de 2.200 en tiempos de guerra, aunque sólo una pequeña parte de éstos eran realmente templarios. Una de sus funciones estaba relacionada todavía con sus cometidos originarios, pues servía para proteger a las rutas de peregrinaje existentes entre Nazaret y otros lugares sagrados de Galilea.

Aunque tanto Atlit como Sáfad eran obras asombrosas, los templarios eran relativamente más poderosos en los Estados septentrionales de Trípoli y de Antioquía. En Trípoli poseían un notable enclave alrededor de Tartús, donde se habían establecido en 1152, y controlaban las vías de acceso desde tierra al puerto, especialmente por medio de Castelblanc, en el sureste. Es de destacar que cuando intentaron recuperar una plaza en el interior sirio, en 1301-1302, después de que los cristianos fuesen expulsados por los mamelucos en 1291, concentraron sus esfuerzos en la isla de Ruad, precisamente frente a Tartús.

Un poder político

Al norte de Antioquía los templarios eran virtuales señores de la frontera, dominando la región desde su gran castillo de Bagras. Saladino consiguió conquistar este castillo, pero luego no pudo conservarlo, pues en 1191 desmanteló las fortificaciones y lo abandonó, seguramente porque creía no disponer de suficientes tropas para su defensa. Esto fue el preludio de un prolongado y destructor conflicto que el Temple hubo de padecer, pues León de Armenia aprovechó la retirada de Saladino para instalarse en la fortaleza.

Sólo en 1216 pudieron los templarios reconquistar lo que evidentemente consideraban su principal castillo en las tierras cruzadas del norte. Su continuo interés por la región queda demostrado por la posesión de un muelle en Ayas, en Cilicia, en los años 70 y 80 del siglo XIII, que les permitía relacionarse con las rutas comerciales septentrionales que pasaban por tierras mongolas.

En 1190 Ricardo I conquista Chipre. Y, en el curso del siguiente año, los templarios dieron los primeros pasos en las negociaciones encaminadas a adquirir la isla. En efecto, Ricardo los favorecía expresamente; además, había conseguido que Robert de Sablé, uno de sus más importantes vasallos angevinos, fuese elegido Gran Maestre. Por un breve período pareció como si la Orden se convirtiese en gobernante de un Estado independiente en el Levante. Pero en 1192 el estallido de una revuelta contra los onerosos tributos impuestos por los templarios, les convenció de que su intento había sido demasiado ambicioso. Por tanto, se retiraron, dejando finalmente la isla a Guy de Lusignan, el anterior rey de Jerusalén.

Sin embargo, a lo largo del siglo XIII, la Orden se instaló en las fortalezas de Gastria, Jirokitia, Yermasoia y Limasol, y obtuvieron cuarteles propios en Famagusta y Limasol. Después de 1291 la isla se convirtió en su cuartel general, desde el cual Jacques de Molay, el último Gran Maestre, lanzó una serie de ataques contra las costas egipcia y siria, y se esforzó además por organizar nuevos avitualllamientos procedentes de occidente, con el fin de reanudar la cruzada.

El Temple: organización y funcionamiento



Caballero templario, según grabado del siglo XIX de la Historia del Padre Mariana

A comienzos del reinado de Balduino II, un francés vino de Roma para rezar en Jerusalén. Había hecho el voto de no volver nunca más a su país, y de hacerse monje, después de haber ayudado al rey en la guerra durante tres años, él y los 30 caballeros que lo acompañaban, y de terminar sus días en Jerusalén. Cuando el rey y los barones vieron que se habían distinguido en la guerra, y que habían sido útiles en la ciudad durante su servicio en esos tres años, aconsejaron a este hombre que sirviese en la Caballería, con aquellos que estaban con él, en vez de hacerse monjes, para trabajar en pro de la salvación de su alma, y defender estos lugares de los ladrones.

Este hombre, cuyo nombre era Hou(g) de Payn, aceptó el consejo: los 30 caballeros que lo acompañaban se unieron a él. El rey les cedió la Casa de Salomón para que viviesen en ella, y algunas aldeas para su subsistencia. Asimismo, el patriarca les cedió algunas aldeas de la Iglesia.

Se les impuso una regla de vida de tipo monástico: no podían tener mujeres, ni bañarse nunca, no podían poseer absolutamente nada propio, sino que tenían que poner todo en común. Y por todas partes estas costumbres comunes comenzaron a diferenciarse: su reputación se extendió por todos los países hasta el punto que algunos príncipes reales, reyes, los grandes y los humildes, vinieron, y se unieron a ellos en esta hermandad espiritual; y

todos los que se convertían en hermanos entregaban a la comunidad todo lo que poseían: aldeas, ciudades, o cualquier otra cosa. Multiplicaron, desarrollaron y acabaron poseyendo tierras no sólo en Palestina, sino especialmente en los países unidos a Italia y Roma.

Sus costumbres y su regla están escritas. Y cualquiera que llega a ellos para ser un hermano más debe superar una prueba que dura un año. Se le leen las reglas siete veces, y cada una de las veces se le dice: Mira: ¿quizá tienes alguna queja? ¿Quizá no puedes seguir cumpliendo estas reglas? Reza a Dios y vuelve a tu casa. Cuando termina el año, a aquel que acepta y promete llevar el yugo, se le recitan algunas plegarias y se le viste con el hábito. Después de esto, quien reniega de sus promesas, muere por la espada, sin misericordia ni piedad.



Combate entre caballeros del siglo XII (miniatura de Hortus Deliciarum, *de la abadesa Herrade de Landsberg)*

Sus costumbres son las siguientes: A nadie se le permite poseer ninguna propiedad, ni casas, ni dinero, ni propiedades de ningún tipo; ni puede ausentarse sin el permiso de su superior; ni dormir en ningún otro sitio que no sea su casa; ni comer pan a la mesa del vulgo; ni, cuando se le ordena ir a alguna región a morir allí, puede decir No quiero ir. Sino que debe, como ha prometido, trabajar con fe en su ministerio hasta la muerte.

Cuando alguien muere, celebran 40 misas por él; alimentan a los pobres, por él, durante 40 días y a 40 personas cada día; y lo recuerdan en la oblación del sacrificio de sus iglesias, a perpetuidad; a aquellos que mueren en batalla los consideran mártires. Si descubren a alguien que ha escondido algo en la comunidad, o si se descubre, después de su muerte, que poseía algo que no había dado a la comunidad, no lo juzgaban digno de sepultura.

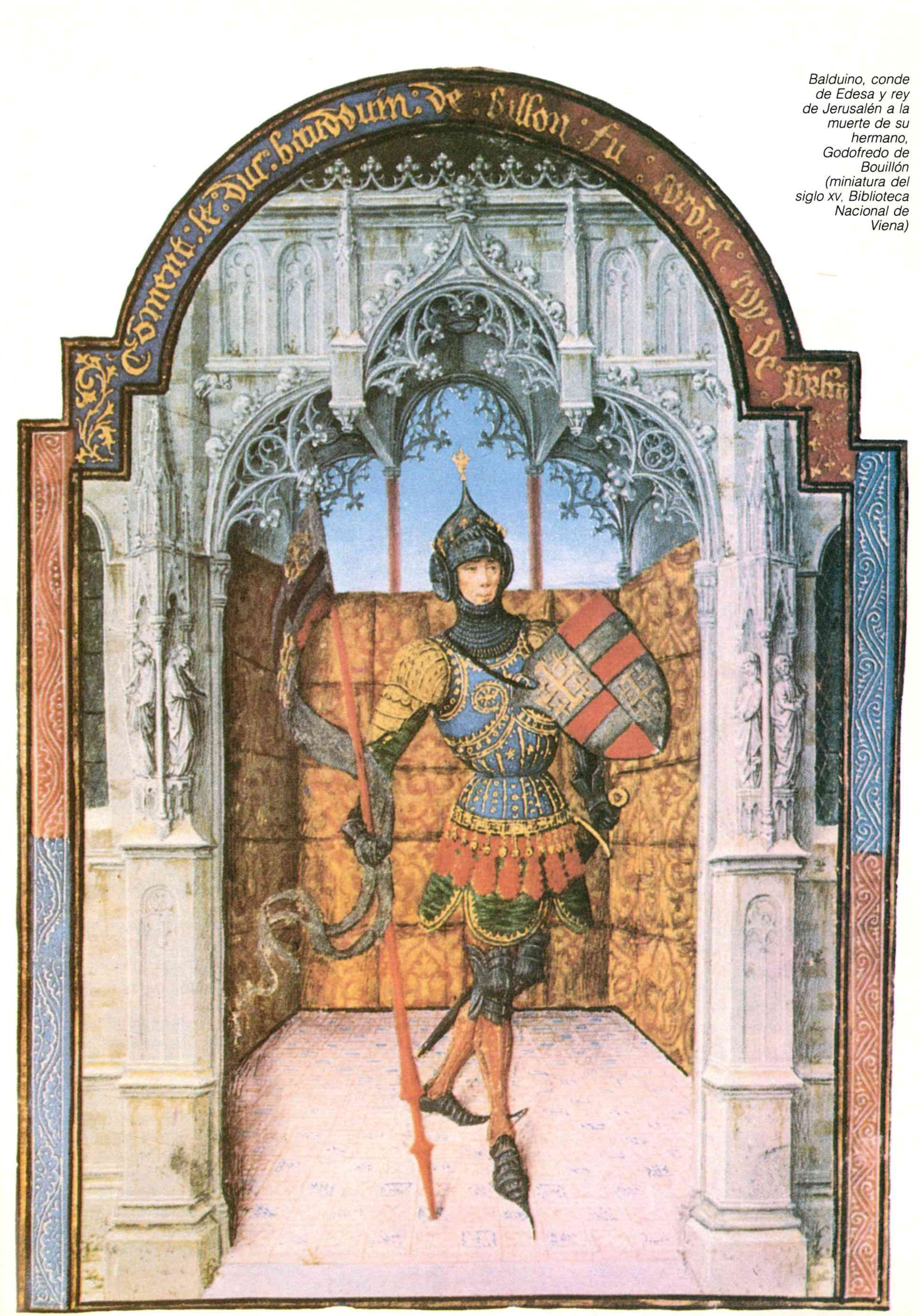
Su vestimenta es una túnica blanca muy simple, y aparte de esto no pueden llevar otra cosa. Cuando duermen no tienen permiso para quitarse la ropa, ni para quitarse los correajes.

Su comida se regula de la siguiente manera: domingos, martes y jueves comen carne, y los otros días, leche, huevos y queso. Sólo los sacerdotes que ofician en sus iglesias beben vino todos los días, con el pan, lo mismo que los soldados, es decir, los caballeros durante las ejercitaciones y los soldados de a pie en combate. Los trabajadores trabajan cada uno en su métier (oficio), e incluso los labradores; en cada ciudad o aldea en la que poseen casas, hay un jefe y un administrador, y, bajo sus órdenes, todo aquel que se encuentra allí debe trabajar, cada uno en su ocupación.

El máximo dirigente de todos los templarios se halla en Jerusalén: tiene mando sobre todo, y nunca permite que nadie haga algo relacionado con el personal. De todo lo que entra después de las cosechas en grano, vino, etc., se distribuye un décimo a los pobres; cada vez que se hace pan en las casas templarias, una hogaza de cada diez se reserva para los pobres. Los días en que se pone la mesa donde los hermanos comen pan, todo lo que sobra se da a los pobres. Dos veces a la semana se distribuye pan y vino a los pobres.

Aunque en un principio se instituyeron para escoltar por los caminos a los peregrinos que venían a rezar, luego, además, vinieron con los reyes para ir a la guerra contra los turcos. Se multiplicaron hasta el punto de ser 100.000. Poseían fortalezas y ellos mismos fortificaron plazas fuertes en todos los países dominados por los cristianos. También se multiplicaron sus riquezas en oro y en todo tipo de cosas, en armas de todas las clases, en rebaños de ovejas, en bueyes, camellos, caballos, más que los de los reyes. Y, pese a esto, todos ellos eran pobres y despegados de todas las cosas. Son acogedores y caritativos con todos aquellos que adoran a la Cruz. En todos los países, y especialmente en Jerusalén, han fundado hospitales, en los que cualquier extraño que enferme puede encontrar sitio; los hermanos le sirven y lo cuidan hasta que se restablece, y luego le administran el sacramento y puede irse en paz, o bien, si muere, se encargan de sus funerales.

Fuente: *Chronique de Michel le Syrien*, compil. y traducc. de J.-B. Chabot, vol. III (París, 1905), libro XV, cap. XI, pp. 201-203.



Balduino, conde de Edesa y rey de Jerusalén a la muerte de su hermano, Godofredo de Bouillón (miniatura del siglo xv, Biblioteca Nacional de Viena)

Las vivas descripciones de los extranjeros confirman la importancia de los templarios para los Estados cruzados. Juan Kinnamos, secretario imperial al servicio del emperador bizantino, Juan II, creía, evidentemente, que el Gran Maestre de los templarios era *el hombre que mandaba a los caballeros en Palestina,* mientras que los cronistas musulmanes estaban exultantes por lo que ellos veían como el declive de las órdenes militares después de la batalla de Hattín.

Ibn al-Atír llama a templarios y hospitalarios *la columna vertebral de los ejércitos francos,* y califica la matanza de éstos de *alegres noticias* porque son —dice— *los más bravos de todos los guerreros francos,* juicio de valor que hay que tener en cuenta tanto como su número real. Imad ad-Din se alegraba de que *el rostro de los infernales templarios se hubiese hundido en el polvo.* A fines del siglo XIII, Ibn Wasil, que sirvió a los ayyubíes y a los mamelucos, concede a los segundos el cumplido de describirlos como *los templarios del Islam.*

De todos modos, los servicios de los templarios a Luis VII no deben limitarse a la ayuda y asesoría militares. Cuando la expedición francesa estuvo a punto de hundirse, los templarios le permitieron llegar a puerto gracias a su habilidad financiera. En el siglo XII las cruzadas eran la principal razón por la que los príncipes y otros gobernantes solían necesitar grandes sumas de dinero, para ser gastadas fuera de la zona de su control directo.

Los templarios proporcionaron la seguridad requerida debido a la integridad de su personal —hubo escándalos aislados, pero no fueron frecuentes—, a la disponibilidad de depósitos que estaban a salvo en lugares fortificados, y a sus inmunidades jurídicas. Resultado de esto fue el que las relativamente simples negociaciones y transacciones utilizadas por Luis VII habían llegado a convertirse en todo un complejo de servicios, que ayudó a simplificar los enormes problemas logísticos de las cruzadas: depósitos de dinero, objetos valiosos y documentos, cuentas corrientes, anticipos y fianzas, cambio de moneda, y transporte de dinero en metálico a larga distancia.

Incluso durante las campañas militares, los templarios conservaban grandes sumas de dinero. En Egipto en 1250, durante la cruzada de San Luis, 30.000 *livres* del rescate del rey provenían del dinero que se guardaba a bordo de la galera principal de la Orden, aunque —según Jean de Joinville, biógrafo real— en esta ocasión el dinero no fue entregado del todo voluntariamente.



Los templarios en Francia

Bajo Felipe II de Francia (1180-1223) el preceptor templario en Francia, el hermano Haimard, era también tesorero. Estaba claro que gozaba de la confianza del rey, pues presidía la real hacienda en Normandía después de la conquista, y actuó como albacea testamentario del rey y de la reina Ingebourg. El llamado *presupuesto* de los Capetos de 1202-1203, que no era el primero en su género, pero sí el más antiguo que llegó hasta nosotros, muestra que las cuentas de las heredades se rendían tres veces al año en la sede templaria de París, a la que tenían que informar los *baillis* (bailíos) y *sénéchaux* (senescales) reales.

Esto parece ser un desarrollo natural, pues cuando Felipe dejó Francia para ir a Ultramar en 1190, durante la Tercera Cruzada, especificó que los ingresos de la heredades debían depositarse en el Temple mientras él estuviera ausente. En efecto, los tesoreros del Temple en París eran funcionarios reales, y eran esenciales no sólo para el desarrollo de la maquinaria del gobierno de los Capetos, sino también para la participación de los reyes en las cruzadas. Participación ésta que fue mucho mayor que la de cualquier otra dinastía europea de los siglos XII y XIII y que, con el tiempo, se convirtió en elemento fundamental en la formación de la imagen de los *reyes cristianísimos.*



Desembarco de los cruzados en Damieta el 24 de marzo de 1241 (grabado del siglo XVI, en la obra Grand Voyage de Hierusalem)

Nada de esto podría haber sido posible sin un sistema eficaz de ayuda derivado ampliamente de la estructura provincial de la Orden. Sólo los costes de mantenimiento de los castillos eran ya, de por sí, demasiado elevados como para cubrirlos con los recursos de que disponían en Oriente. A partir de mediados del siglo XIII, los señores seglares de Ultramar fueron derrumbándose bajo el excesivo esfuerzo, y la situación se vio exacerbada por las pérdidas de territorios a manos de los mamelucos, lo que redujo aún más las entradas. Sólo las órdenes militares, gracias a sus recursos de procedencia europea, fueron capaces de soportar tales cargas.

La sección de la Regla Templaria, que quizá se remonta a fines de los años 60 del siglo XII, enumera diez provincias: Jerusalén, Trípoli y Antioquía en Oriente; y Francia, Inglaterra, Poitou, Aragón, Portugal, Apulia y Hungría, en Occidente. En el siglo XII había un funcionario encargado de todas las tierras occidentales, pero a partir de, aproximadamente, el año 1250 el cargo se dividió en dos, cuyos titulares se llamaron visitadores. Había uno para Francia, Inglaterra y Alemania, y otro para la Península Ibérica.

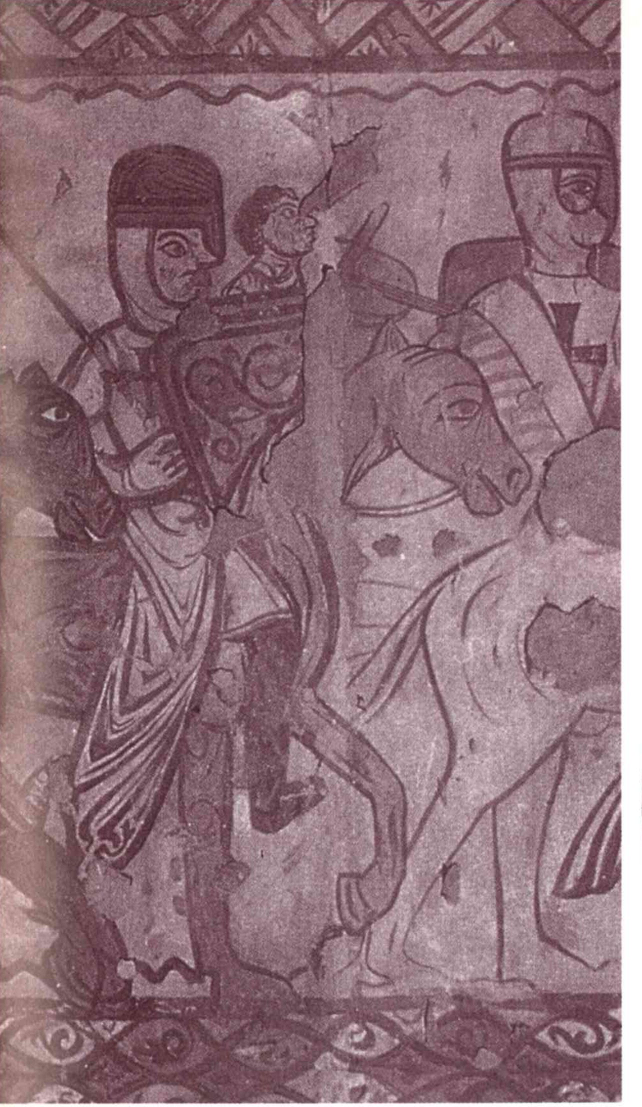
Por debajo de los visitadores existía toda una jerarquía de autoridad, encabezada por los preceptores regionales. La presencia de Geoffroi de Charney, nombrado preceptor de Normandía, entre los dirigentes importantes de la Orden a comienzos del siglo XIV, sugiere que se produjeron variaciones en la importancia de las jerarquías en la estructura de la Orden.



Es posible hallar datos sobre la existencia de unos 970 castillos y preceptorías templarios en determinados momentos de los siglos XII y XIII. En París y Londres la Orden disponía de grandes complejos, que eran centros de actividad administrativa y financiera que afectaba no sólo a las tierras del Temple, sino a los reinos en general. Contenían todos ellos bellas y espaciosas iglesias, cada una con su rotonda, que se suponía eran imitaciones del Santo Sepulcro más que de la Cúpula de la Roca. Estas iglesias jugaron un papel importante en la vida religiosa y ceremonial de estas ciudades: el día de la Ascensión de 1240, en Londres, por ejemplo, la nave rectangular que se había construido para ampliar la iglesia del Temple del siglo XII, fue consagrada con gran ceremonia y con festejos, en presencia del rey Enrique III y de numerosos nobles.

Fuera de las grandes ciudades, parece ser que los templarios poseían grupos de casas dispuestas alrededor de la mayor preceptoría de la región, que tenía función de centro local administrativo y de reclutamiento y, a veces, aportó apoyo logístico, asesoría y financiaciones a los planes seglares de cruzada en el Próximo Oriente. Al igual que los propios templarios, estas casas solían utilizarse como base para una *familia* más amplia, que incluía a asociados legos y pensionistas que deseaban compartir los beneficios espirituales y materiales de la Orden. Estas eran algunas de las pocas formas bajo las que las mujeres podían unirse al Temple.

En el escalón más bajo de la jerarquía estaban las pequeñas preceptorías rurales, encabezadas por dos o tres templarios, con frecuencia de origen no caballeresco y demasiado viejos para el servicio activo. Supervisaban las posesiones y tierras, que a veces estaban organizadas en granjas al modo cisterciense. Es probable que algunas de éstas estuviesen especializadas en el cuidado y cría de caballos, pues muchos donantes legaban sus monturas y equipos a la Orden. No siempre podía controlarse la modalidad de las donaciones, pero hacia el siglo XIII es evidente que la mayor parte de las preceptorías se hallaban en el norte de Francia y en Provenza, unidas entre sí por edificaciones si-



Izquierda: *caballeros templarios salen de una de sus fortalezas camino del combate (fresco del siglo* XII *en la capilla templaria de Cressae, Museo Nacional de Monumentos Franceses, París).*
Abajo: *el emperador Federico II en un sello conmemorativo de la campaña de 1228 en la que se reconquistaron los Santos Lugares y fue coronado rey de Jerusalén*



tuadas a lo largo del gran corredor de los ríos Saona y Ródano.

Este proporcionaba un acceso a las rutas comerciales marítimas mediterráneas, por medio de las cuales las *responsiones* —la proporción de ingresos occidentales asignados directamente a los fines de cruzada en el Próximo Oriente—, las vituallas, los hombres y los animales podían ser enviados a los Estados cruzados. Durante el siglo XIII, los templarios construyeron su propia flota, cuyos barcos zarpaban de los puertos del reino de Aragón, de Provenza y de Apulia, en particular. Además, solían alquilar embarcaciones para completar su capacidad de transporte.

Una región en Occidente se salía de este esquema: el frente de los cruzados en la Península Ibérica era casi tan activo como el de Palestina y Siria. Es evidente que a fines del siglo XI, cuando el papa Urbano II lanzó por primera vez las cruzadas en el Próximo Oriente, planteó la lucha contra el Islam en términos mediterráneos. De hecho había tenido que convencer a los caballeros españoles para que fuesen a Jerusalén, y permaneciesen, por el contrario, para detener la amenaza almorávide en la propia Península.

Las órdenes militares ejercieron una fuerte atracción sobre los gobernantes españoles, debido a la escasez de hombres para las guerras, enfrentados como estaban a una frontera en constante movimiento. La creación de las provincias de Aragón y de Portugal muestra que los templarios se vieron particularmente favorecidos por los gobernantes de estos países. Alfonso I de Aragón, que no tenía herederos directos, dejó que el reino fuese dividido prácticamente entre los templarios, los hospitalarios y los canónigos del Santo Sepulcro, a su muerte en 1134.

Estas disposiciones testamentarias no llegaron nunca a cumplirse, pero sí se garantizó en 1143 la donación compensatoria de seis importantes fortalezas por parte del gobernante del momento, Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona. Ello permitió que los templarios se convirtiesen en parte integrante de la cruzada aragonesa. Castillos espectaculares, como el de Miravet, sobre el río Ebro en Aragón, que poseyeron desde 1153, y Armourol, en

Portugal, sobre el Tajo, del Temple desde 1171, dan testimonio del papel de los templarios en la Península. La misma formación de órdenes específicamente españolas como la de Calatrava, Santiago y Alcántara, entre 1164 y 1170, deben mucho al modelo ya existente del temple.

Hacia el cenit y el fin

Pero existe también la otra cara de la moneda. Dado que era tan importante para el movimiento cruzado, la Orden difícilmente podía evitar verse involucrada en la agitada política de los Estados cruzados, aunque sus dirigentes hubiesen querido permanecer apartados. Además, sus extensas propiedades y sus inmunidades jurídicas debían provocar, casi sin lugar a dudas, querellas y críticas en Occidente y en Oriente. Así pues, los templarios se vieron envueltos en disputas: con los reyes de Jerusalén y los gobernantes de Antioquía y Trípoli; con los monarcas occidentales que visitaban el Próximo Oriente, como Federico II y Luis IX; con el clero secular, y con otras órdenes militares, en particular con los hospitalarios.

A veces, durante las numerosas luchas de facciones en el reino de Jerusalén, tomaron actitudes parciales, en particular bajo el Gran Maestre Gérard de Ridefort, en los años 80 del siglo XII, en favor del partido centrado alrededor de Agnès de Courtenay, y bajo Guillaume de Beaujeu, un siglo más tarde. En este caso era en favor de las pretensiones de Carlos de Anjou al trono de Jerusalén, pues Guillaume era pariente suyo. Y se sabe de querellas habidas con los hospitalarios, de índole más o menos grave, en los años 1179, 1198, 1221, 1235, 1239, 1256-1258, y 1262.

Además, inevitablemente, su compromiso militar significaba que tenían una considerable influencia en las decisiones diplomáticas, estratégicas y tácticas. Hay que resaltar el hecho de que la mayor parte de sus consejos militares eran sensatos y defensivos, como puede verse en las campañas de Ricardo I en la Tercera Cruzada. No obstante, calamidades como la de las Fuentes de Cresson y la de Hattín en 1187, y la matanza de La Forbie, en 1244, entre otros hechos, deben ser atribuidas total o parcialmente a la política realizada por algunos Grandes Maestres.

Resultado de esto es que hay signos, desde los primeros momentos, de que no todo el mundo consideraba a los templarios de una manera tan favorable como Luis VII. Juan de Würzburg, sacerdote alemán que visitó Jerusalén en los años 60 del siglo XII, recogió rumores que le llevaron a ver a los templarios de un modo menos benévolo que a los hospitalarios. *El Temple,* decía, *posee muchas propiedades e incontables ingresos en ese país y en otros. Da una gran cantidad de limosnas para los pobres de Cristo, pero que no llega ni a la décima parte de lo que dan los hospitalarios.*

Continúa diciendo que la casa tiene numerosos caballeros para la defensa del país, *pero tienen la desgracia, aunque no sé si es verdad o no, de que*

El Temple en la

A falta de una fecha concreta para situar la introducción de la Orden del Temple en la Península, los historiadores han convenido en localizarla tras la celebración del concilio de Troyes. Así, Zurita la fija en 1132, mientras que el padre Mariana prefiere dejarla en un plano de nebulosa inconcreción cuando escribe:

... a persuasión de San Bernardo, principal fundador del Císter, se entregó por el rey de Aragón don Alfonso, que se llamó emperador de España, a los caballeros templarios la nueva ciudad de Monreal con un convento que en ella se fundó, habiéndoseles señalado, además, las rentas y la quinta parte de los despojos que en la guerra de los moros se cogiesen.

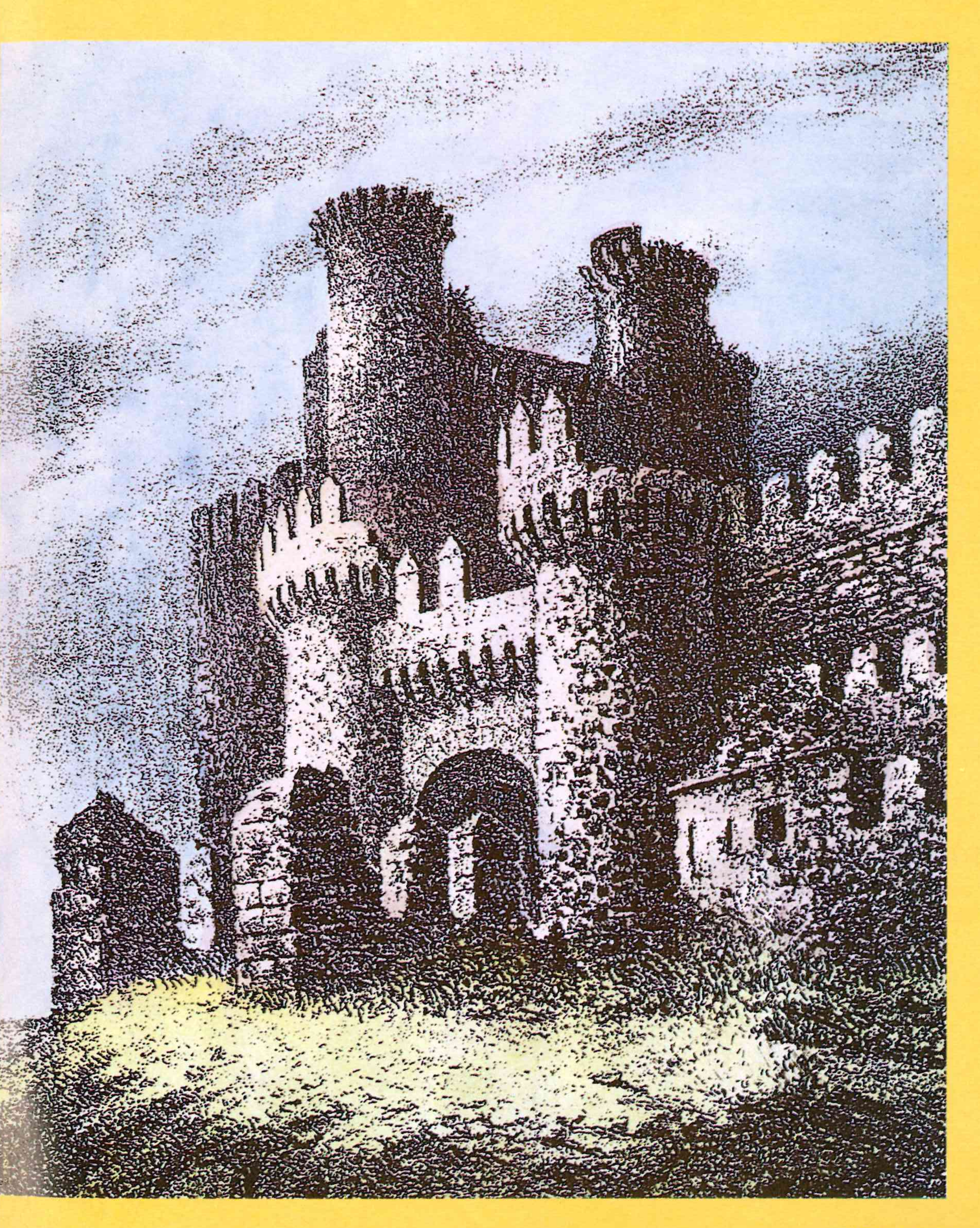
Lo cierto es que había habido varios destacados caballeros peninsulares ya desde los primeros momentos de la creación de la Orden en Tierra Santa. Ahora, vueltos a sus lugares de origen, podían cumplir de la forma más adecuada su juramento de luchar contra el infiel. La empresa de la Reconquista recibiría a partir de estos momentos muy destacados impulsos, que acabarían por decidir el definitivo vuelco en la situación de las fuerzas enfrentadas.

Al igual que en el resto de la Europa cristiana, los templarios hispanos conocieron un rápido proceso de aceptación y enriquecimiento, tanto en influencia política como en bienes materiales, procedente del favor de los monarcas. Proceso que había de alcanzar su más destacado hito cuando, en 1131, Alfonso I el Batallador *les haga herederos —junto con hospitalarios y caballeros del Santo Sepulcro— de sus reinos de Aragón y Navarra. Decisión ésta inmediatamente recusada por los estamentos de representación popular.*

En los Estados de la Corona de Aragón, el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, el Grande, *era hermano de la Orden, a la que había introducido en Cataluña a base del siguiente mandato:* ... determino acrecentar esta orden para que, según aquella regla e institutos, y debaxo de obediencia perseverasen en ella y la profesasen. *Y ello con el fin de que* los que le sucediesen en su señorío persistiesen en la defensa de la Iglesia oriental, en la estirpación de la secta mahometana y en el ensalzamiento de nuestra Sagrada Religión.

Su hijo, Ramón Berenguer IV, pide a los templarios en las Cortes de Gerona, 1143, que pasen a residir en sus dominios, ofreciéndoles el

Restos del castillo templario de Ponferrada (copia parcial de un grabado de Parcerisa, siglo XIX, iluminada por E. Ortega)



sustancioso incentivo de la posesión de importantes castillos y ricas villas. A las rentas generadas por las ciudades de Zaragoza y Huesca se venía a unir la exención del pago de censos y tributos, junto con la solemne promesa real de no pactar la paz con los musulmanes sin haber consultado antes con el poder templario.

Más adelante, Alfonso II el Casto se hace acompañar por caballeros templarios en sus campañas de conquista del Bajo Ebro. La compensación material que les concede por ello es verdaderamente notable: la tercera parte de la ciudad de Tortosa y la quinta de la de Lérida (1168). Durante el reinado de Pedro II, la intervención templaria en los más altos niveles vuelve a ponerse de manifiesto, cuando consigue reconciliar, en 1198, al monarca con su madre doña Sancha en el pleito habido por la posesión de la fortaleza de Ariza.

En medio de las luchas de banderías que afligen a estos reinos en los siguientes años, el Temple vuelve a desempeñar tareas de trascendental importancia. Desde 1210, el maestre provincial de Aragón, don Guillén de Monredón, guarda bajo su tutela al rey niño Jaime I durante su minoría de edad y en el castillo de Monzón. Más adelante, ya durante la gobernación efectiva de el Conquistador, la Orden tendría un muy destacado protagonismo en los procesos de ocupación de Mallorca y Valencia, actuación que se vería recompensada de forma espléndida por el agradecido rey.

De establecimiento algo más tardío que en los Estados catalanoaragoneses, los templarios seguirían en Castilla una evolución similar. Alfonso VII les concede la posesión de Calatrava, como punto de defensa clave en la móvil frontera sur, y donde edificarán una de sus fortalezas señeras: el Sacro Convento que domina las extensiones manchegas. En 1176, este monarca contará con su inestimable, y siempre bien pagada, ayuda para la toma de la ciudad de Cuenca.

Ya entradas las décadas centrales del siglo XIII, los caballeros del Temple mostrarán todas sus capacidades bélicas y organizativas en las que se presenta como empresa definitiva de la Reconquista: la ocupación y redistribución del valle del Guadalquivir. Tras la toma de Sevilla, en 1248, obtendrán del santo rey Fernando III grandes recompensas en bienes, tierras y enclaves, situados sobre todo en la Baja Extremadura.

Asimismo, Alfonso X y Sancho IV les encargarán el desempeño de importantes misiones. Actitud real que también se había manifestado en Navarra, a partir del momento en que, en 1157, Sancho el Bravo les había otorgado extensos y ricos territorios. En Portugal, tras su instalación en 1130 bajo la directa protección de Alonso Enríquez, alcanzarán gran poderío y tendrán su centro en la fortaleza matriz de Thomar.

Cuando en los primeros años del siglo XIV, partiendo de Francia una oleada de represión y aniquilación dirigida contra los templarios, la reacción que se produce en los reinos peninsulares mostrará unas características muy especiales y diferenciadoras. Salvo el de Navarra, estrechamente unido a Francia, los demás monarcas se mostrarán reacios a admitir sin más las acusaciones lanzadas por Felipe el Hermoso, que en su designio llega a contar con el fundamental apoyo del papa.

Un final diferente

El aragonés Jaime II exigirá del francés una detallada información acerca de los cargos lanzados contra la Orden. Tras una preventiva acción de toma de fortalezas —tal, la de Peñíscola— y de apresamiento de destacados caballeros, será un concilio reunido en Tarragona el que dictamine sobre los hechos. Los trámites judiciales serían transferidos al inquisidor general y a los obispos de Zaragoza y Valencia. Ordenada la supresión de la Orden, y llegando incluso a la utilización de la tortura para la obtención de confesiones, el 4 de noviembre de 1312 sería emitida la sentencia de inocencia que absolvía a los templarios de las acusaciones contra ellos vertidas.

De forma paralela, un concilio similar reunido en Salamanca dos años antes, e integrado por las jerarquías eclesiásticas de los reinos de Castilla, León y Portugal —que formaban una sola provincia templaria— había decidido la libre absolución de los acusados. Pero la furia antitemplaria desatada desde París tendría incluso dentro de este marco sus directos efectos.

Así, en Aragón el papa Clemente V ordenó la distribución de los bienes de la suprimida Orden entre la nueva de Montesa y la ya existente de los hospitalarios. La Corona, por su parte, sigue conservando los territorios, villas, castillos y riquezas que había arrebatado en un primer momento, pese a su benevolente actitud a lo largo del proceso.

En Castilla, sería la Corona la principal beneficiada por esta distribución de sustanciosos despojos, mientras que en Portugal pasarían a engrosar el patrimonio de la también recién creada Orden de Cristo. Diseminados y perseguidos por las autoridades, pero en muchas ocasiones protegidos por la población, los antiguos caballeros templarios deberán esperar casi veinte años en la oscuridad. Solamente en 1331 el papa Juan XXII les permitirá pasar a integrarse en las órdenes recientemente creadas.



Luis IX de Francia, San Luis, con su esposa. Durante su cruzada ya era visible la decadencia de los templarios y se presentía el ocaso latino en Palestina

---

su bello nombre se vea mancillado por el reproche de engaño, que sí pudo probarse en el famoso asunto de Damasco, en tiempos del rey Conrado. Por eso se había hablado de que los templarios eran responsables de la retirada cristiana del asedio de Damasco en 1149, retirada que significó el vergonzoso final de la Segunda Cruzada.

Aunque no parece que haya nada de verdad en el rumor, esto sugiere, con todo, que ya en la segunda mitad de ese siglo, existía una hostilidad subterránea. Poco más adelante, el foco principal de esa hostilidad en el reino de Jerusalén era Guillermo, arzobispo de Tiro. Guillermo refleja un sentimiento que iba en aumento entre el clero secular, en el sentido de que sus derechos y poderes estaban sufriendo una verdadera erosión debido a las exenciones otorgadas por el Papa a las nuevas órdenes monásticas en el siglo XII.

Aunque acepta los elevados motivos de los fundadores, Guillermo se muestra inclinado a imputar las peores razones a las acciones de los templarios en el Próximo Oriente, al menos en su tiempo. Por ejemplo, durante el asedio de Ascalón, en 1153, se produjo una brecha en las murallas, que los templarios fueron los primeros en alcanzar, pero sin embargo fracasaron en su intento de capturar una ciudad que los cruzados ansiaban conquistar desde la caída de Jerusalén en 1099.

Guillermo presenta el fracaso de los templarios como consecuencia de la avaricia, afirmando que Bernard de Trémelay, el Gran

Maestre, no dejó entrar al resto del ejército con el fin de que los templarios pudiesen hacer suyo el grueso del botín. Cuando la Orden se negó a apoyar la tercera campaña del rey Amalrico en Egipto, en 1168, Guillermo se mostró más sutil, sembrando semillas de sospecha al explicar que su acción se produjo porque consideraron la campaña contraria a los dictados de su conciencia, o porque el Gran Maestre de los hospitalarios había sido el instigador de la expedición.

Aquí está, quizá, la génesis de la más frecuente acusación lanzada contra las órdenes militares, es decir, la de que por sus constantes rivalidades debilitaban el esfuerzo de cruzada. De todas maneras, Guillermo guardó su mayor irritación para la narración del asesinato de un embajador enviado por la secta disidente musulmana de los *Asesinos* para negociar con el rey Amalrico I. Posiblemente —afirma el arzobispo— venía con la idea de convertirse al cristianismo. En 1173, el embajador fue asesinado por caballeros templarios durante el viaje de vuelta, pese a ser portador de un salvoconducto real. El monarca se mostró incontroladamente encolerizado, y su furia no disminuyó cuando Eudes de Saint-Amand, el Gran Maestre, se negó a entregar a los culpables, y, por si fuera poco, hizo observaciones —dice Guillermo—, *dictadas por el espíritu de vanidosa arrogancia por la que estaba poseído.*

Parece ser que el Gran Maestre creyó que las inmunidades de que gozaba la Orden se referían a los delitos individuales de los templarios y que no entraban en la jurisdicción secular. La realidad es que hombres del rey capturaron a los templarios acusados del crimen y los encarcelaron. Pero la imagen de fanatismo, soberbia y arrogante individualismo que el episodio crea en las mentes de los lectores pervive todavía en los modernos estudios sobre el Temple.

El descontento del clero seglar llegó a su culminación en 1179 durante el III Concilio de Letrán, convocado por el papa Alejandro III, lo que llevó a éste a actuar en consecuencia. Guillermo de Tiro participó en el concilio, pero no está claro cuál fue el papel que jugó. El Canon 9 dice que *nuestros hermanos y colegas en el episcopado nos han llevado a comprender, por sus vehementes quejas, que los hermanos del Temple y los hospitalarios, sobrepasando los privilegios que les fueron concedidos por la Santa Sede, han infringido con frecuencia la autoridad episcopal, llevando el escándalo entre la gente de Dios y poniendo en grave peligro a las almas.*

Entre estas quejas está la de que las órdenes recibían iglesias de manos de laicos, lo que era contrario a una serie de decretos papales emitidos desde fines del siglo XI. Admitían, además, a excomulgados de los sacramentos y de los enterramientos eclesiásticos; nombraban y cesaban a curas en sus iglesias sin el consentimiento del obispo, y celebraban los oficios divinos en zonas situadas bajo interdicto.

El Papa sugirió que algunos de estos problemas podrían haber surgido a causa del excesivo celo mostrado por parte de ciertos hermanos, sin el conocimiento de sus superiores. Pero, con todo, condenó la usurpación de los derechos de los obispos y permitió que se llevase a cabo la supervisión diocesana de algunas de las actividades de la Orden. *Si infringen las reglas* —dijo el Papa— *las iglesias en las que ha sucedido esto pueden ser puestas bajo interdicto y sus actos anulados.*

No obstante todo esto, los caballeros continuaron derramando su sangre por la causa, por lo que las voces críticas tuvieron menos efectos de los que se había esperado. La moralidad censora de Jacques de Vitry, que no perdonó a muchas de las personas relacionadas con las cruzadas, dejó a salvo a las órdenes militares y las colmó de exagerados elogios, en particular a los templarios. Pero parece que hubo algunos lentos cambios de orientación a fines de la tercera década del siglo XIII.

Algunos observadores occidentales de los fracasados de las sucesivas cruzadas comenzaron a convencerse a sí mismos de que la causa cristiana se estaba debilitando por las disputas y querellas de las órdenes militares. Creencia ésta reafirmada por un evidente aumento de conflictos sangrientos en el Próximo Oriente, en los que las órdenes militares tuvieron un importante papel.

Además, cada vez se necesitaban mayores sumas de dinero para proseguir la guerra contra el Is-





lam, pero, aun así, los latinos continuaron perdiendo terreno. Era inevitable pues que alguien comenzase a echar cuentas de lo que las cruzadas habían supuesto.

El cronista de Saint Albans, Matthew Paris, Llegó a sugerir que las órdenes militares llevaban a cabo extorsiones creando situaciones bélicas con el fin de sacar dinero a los peregrinos que, naturalmente, necesitaban protección. Pero aunque no debemos tomar esto demasiado en serio, sí puede indicar la existencia de un clima de opinión en ese sentido. Con la pérdida de Acre en 1291 y la consiguiente evacuación del territorio de Palestina, se intensificó inevitablemente la valoración de las órdenes militares, de sus costes y de su validez, fomentando la aparición de toda una serie de planes para su reforma o fusión.

Ricardo Corazón de León (monumento erigido en Londres, obra de Carlo Marocchetti, primera mitad del siglo XIX), uno de los participantes en la III Cruzada, en pleno esplendor templario

Finanzas y moral

De todos modos, exactamente hasta los mismos umbrales de su fin, las críticas iban dirigidas contra los templarios y los hospitalarios, y no contra los primeros solamente. Esto queda demostrado por los escritos de un hombre en particular, Pierre Dubois, el contundente hombre de leyes normando que albergaba una fuerte hostilidad hacia los religiosos. En 1306-1307, propugnó que los miembros de las órdenes militares que juzgasen *inconveniente* —como decía él— cruzar el mar para alcanzar la zonas de guerra, deberían ser obligados a entrar en las casas del Císter, en las que deberían cumplir penitencia por sus faltas. Y los cistercienses, por su parte, deberían aceptar menos novicios con el fin de apoyar esta medida. Los restantes templarios y hospitalarios deberían fusionarse en una única orden, y vivir solamente de sus propiedades orientales, de modo que las que poseyesen en occidente pudiesen ser empleadas directamente para la causa de la cruzada. De repente, sin embargo, en el verano de 1307, parece centrarse únicamente en los templarios, y añade una breve *coda* en la que argumenta que una vez cumplidos estos requisitos, lo apropiado sería abolir la orden.

No hay duda de que un examen general de la función y fines de las cruzadas y de la guerra santa, junto con los aspectos relacionados estrechamente con éstas, tal como se produjo después de 1291, crearon circunstancias que facilitaron al gobierno de Felipe IV de Francia llevar a cabo la detención y juicio de los templarios en octubre de 1307. Es cierto que aquéllos pudieron haber ayudado a fijar la idea en la mente del rey o de sus consejeros en un primer mo-

mento, pero, con todo, no hay razón para considerar a éste un hecho de causa y efecto director. En otros momentos otras órdenes habían sufrido ataques mucho más violentos, en particular los cistercienses y los franciscanos, pero nunca se había llegado a llevarlos a juicio.

Las razones deben buscarse más bien en la personalidad de Felipe el Hermoso de Francia, y en la posible manipulación de éste por parte del grupo de juristas a quienes acudió. En 1307 el gobierno francés había sufrido una serie de crisis financieras, siendo la más reciente la del año anterior, cuando se había decidido una revaluación bastante incorrecta de la moneda, en un intento de volver al *buen dinero* de San Luis. Aparte del gasto, este hecho había provocado un considerable descontento social, con revueltas en París y en varias ciudades de provincia.

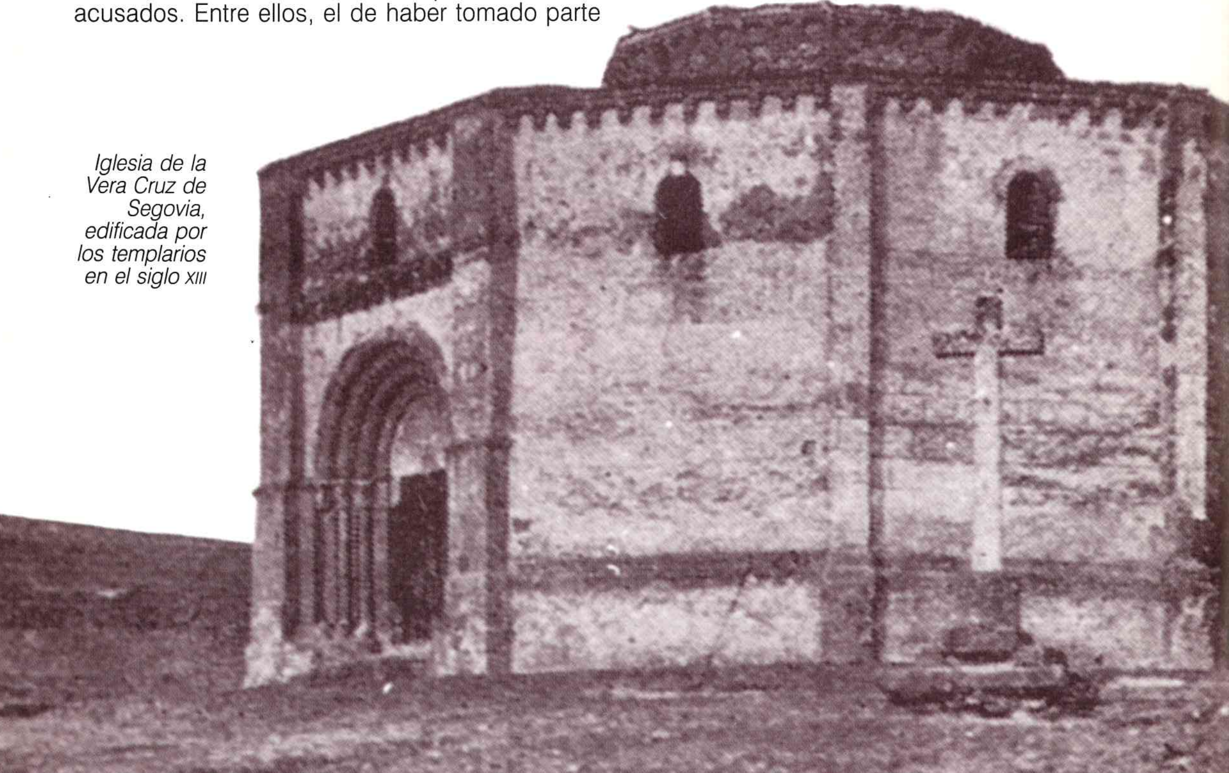
El expolio de una orden que parecía haber sobrevivido a su período de utilidad no significaba que no conservasen todavía una considerable riqueza líquida y en propiedades y tierras, y ello podía ser presentado como una posible motivación. El propio rey, que cada vez se inclinaba más a una melancólica religiosidad, desde la muerte de su mujer en 1305, pudo ser persuadido de que los templarios estaban podridos por la herejía y la corrupción, y que por lo tanto constituían una amenaza real para la salud espiritual del pueblo francés.

La detención de los templarios en Francia tuvo su inicio el 13 de octubre por la mañana, a hora temprana. Se utilizó ampliamente la tortura y, al cabo de un mes, la mayoría de ellos incluido el Gran Maestre, habían confesado alguno de los delitos, o incluso todos, de los que habían sido acusados. Entre ellos, el de haber tomado parte en ceremonias de admisión ilícitas, que incluían la negación de Cris decentes, e incitación a actos homosexuales. La adhesión a este culto anticristiano quedaba consolidada por la idolatría. Estas confesiones se presentaron ante el papa Clemente V como un *fait accompli.*

En un primer momento, el papa montó en cólera y mostró su irritación, pues los templarios eran una orden exenta y no se le había consultado sobre las detenciones. Sin embargo, en noviembre, para reafirmar su autoridad en el asunto, encabezó una investigación sobre la orden, envió a tres cardenales para que se entrevistasen con los dirigentes, y ordenó la detención de todos los templarios también en otros países. Los dirigentes templarios se apresuraron entonces a retirar las confesiones, creyendo, al parecer, que podrían hacerse escuchar adecuadamente por los enviados papales.

Ante el desarrollo de los acontecimientos, Clemente V suspendió el proceso en febrero de 1308. En respuesta a esta medida, las autoridades francesas montaron una campaña de propaganda intensiva, con el fin de forzar al pontífice a reabrir el proceso. Campaña que alcanzó un alto grado de tensión durante una entrevista entre el rey y el papa celebrada en Poitiers, en el verano de 1308.

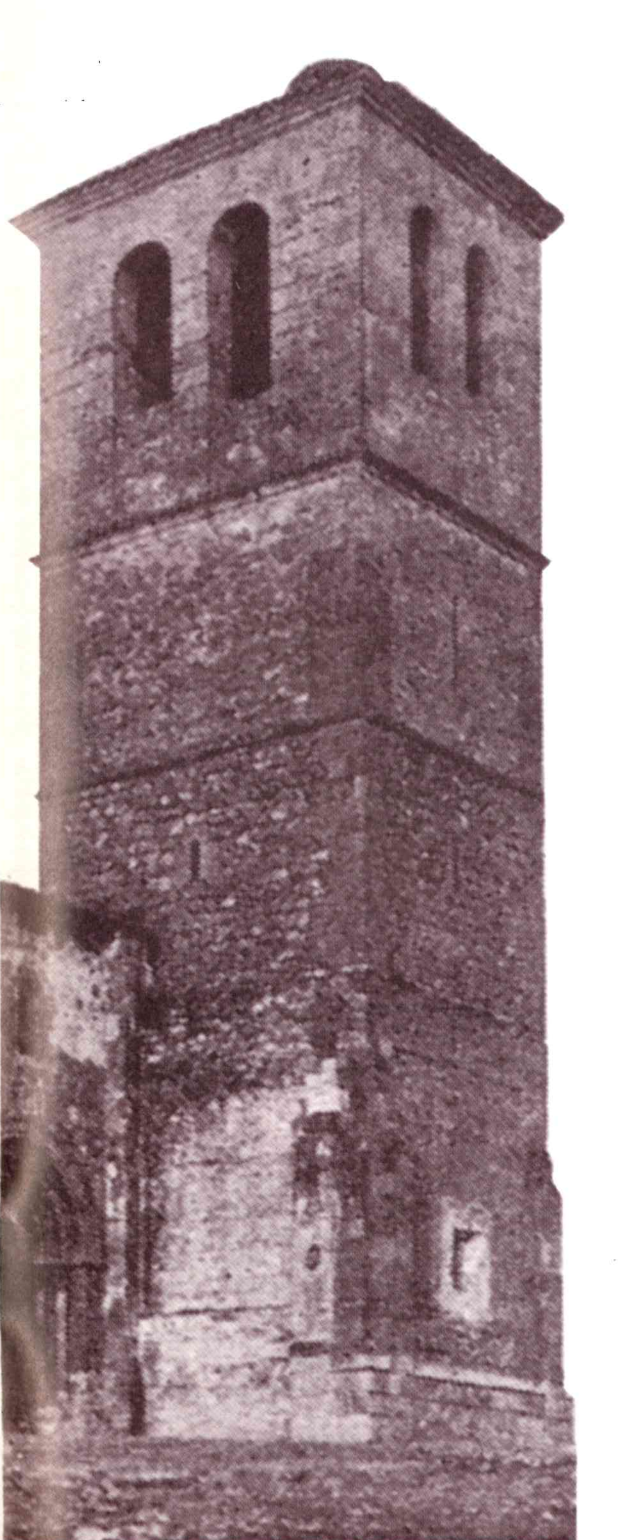
Aquí, Clemente, rodeado por las tropas francesas y arengado por los ministros de Felipe, acabó cediendo y aceptando, con repugnancia, que se llevasen a cabo dos nuevas investigaciones. La primera suponía que una comisión papal investigaría a la orden en conjunto; la segunda, estaría constituida por una serie de investigaciones epis-



Iglesia de la Vera Cruz de Segovia, edificada por los templarios en el siglo XIII

copales, que examinarían la culpabilidad o inocencia de los templarios individualmente. El asunto, en general, debería quedar resuelto en un gran concilio ecuménico que se celebraría en Vienne, en el otoño de 1310.

Las investigaciones se prolongaron, tanto por la propia estructura administrativa creada por el papa como por la inesperada resistencia de un número elevado de templarios, que organizaron una formidable acción de defensa en la primavera de 1310. Por eso el concilio no pudo reunirse hasta octubre del siguiente año. El punto culminante fue, sin embargo, el mes de mayo de 1310, cuando 54 templarios fueron enviados a la hoguera condenados como relapsos por Felipe de Marigny, arzobispo de Sens y hermano del primer ministro de Felipe IV, Enguerrand de Marigny. El prelado había actuado en su provincia, en calidad de investigador de los templarios, en el plano individual. Aun cuando no todos los templarios se acobardaron, la amenaza implícita fue suficiente como para detener el desarrollo de la tarea de defensa. Pese a que el proceso duró todavía otro año, no hubo ya nada nuevo. En Vienne, en marzo de 1312, a pesar de la resistencia de muchos de los prelados presentes, Clemente suprimió la orden y cedió sus bienes a los hospitalarios.



El cadalso

Quedó defraudada la fe de los dirigentes en una intervención papal. Jacques de Molay, el Gran Maestre, y Geoffroi de Charney, preceptor de Normandía, acabaron convenciéndose de esto en marzo de 1314, cuando, sin ser conducidos a presencia del papa, como creían que se les había prometido, fueron condenados a prisión perpetua por los representantes papales. Ambos se retractaron entonces de sus confesiones, y en 24 horas fueron ajusticiados, quemados en la hoguera por orden de Felipe IV, sin hacer referencia ninguna al pontífice.

En los países situados fuera de la esfera de influencia francesa, fue sin embargo difícil extender la creencia de que los templarios eran culpables de los crímenes de herejía de que se les acusaba. Algunos observadores algo cínicos, como el cronista florentino Giovanni Villani, creyeron que todo el proceso había sido fraguado por el rey y el papa, con el fin de apropiarse de los bienes de la orden. En los reinos de la Península Ibérica y en Inglaterra la incredulidad se vio gradualmente sustituida por el deseo de obtener una parte de estos bienes. Los reyes de Aragón y de Portugal tuvieron mucho éxito en alcanzar este objetivo.

En 1317, Jaime II obtuvo el permiso para fundar otra orden, con sede en Montesa, que adoptaría la Regla de la de Calatrava y a la que se le entregarían las posesiones del Temple y de los hospitalarios de la región. Sin embargo, las tierras del Temple en Aragón y Cataluña deberían ser entregadas a los hospitalarios. En Portugal al rey Diniz se le otorgó el poder de crear la nueva Orden de Cristo en 1319, que se basó en gran medida en las tierras y el personal originariamente templarios.

En otros lugares, los hospitalarios se enfrentaron a grandes dificultades para la obtención de las propiedades. En Francia, como era de esperar, se hizo necesario efectuar tres grandes pagos a la corona



Arriba: *coronación del papa Clemente V. Este papa, aunque fue plenamente consciente de que la mayoría de las acusaciones vertidas contra los templarios eran meras calumnias, cedió a las presiones de Felipe IV de Francia y suprimió la Orden del Temple.* A la derecha, *Felipe II Augusto, al frente de sus ejércitos, asalta una fortaleza (miniatura de Fouquet. Biblioteca Nacional, París). Este rey fue uno de los organizadores de la III Cruzada, que recibió importante ayuda financiera del Temple*

antes de que los hospitalarios pudieran hacerse con algo y, aun así, muchas de las tierras fueron despojadas de sus bienes por los funcionarios reales. La afirmación de Villani de que los hospitalarios estuvieron todavía peor en los siguientes años puede ser verdad, al menos a corto plazo. En efecto, en el siguiente período la orden sufrió una crisis económica. Sólo en Chipre, donde las necesidades de la cruzada eran, obviamente, más urgentes, la transferencia se realizó con razonable rapidez, completándose casi del todo para noviembre de 1310.

Unos pocos autores modernos creen en la culpabilidad de la orden, pero la mayoría sabe muy bien que la tortura y el encarcelamiento prolongado pueden forzar confesiones. Además, las acusaciones de corrupción generalizada, que se remontan al menos a mediados de siglo y quizá más allá, sobrepasan la credibilidad de la mayoría de los observadores. Parece, en efecto, imposible que las prácticas heréticas hayan podido permanecer ocultas durante tanto tiempo, en especial en el siglo XIII, cuando se hicieron intentos concretos para desarraigar la herejía.

Por otro lado, la dirección propugnada por los reformadores, es decir, la de la fusión de hospitala-



rios y templarios, no habría sido propuesta si hubiese existido la más mínima sugerencia de que los templarios tenían algo que ver con herejías. No obstante, las declaraciones de algunos templarios son muy gráficas, y esto replantea dudas de vez en cuando. En un contexto semejante, la acusación de que los caballeros adoraban ídolos merece ser examinada, dado que el pequeño número de templarios que lo admitió produjo descripciones muy detalladas.

Ellos hablan de una considerable variedad de formas: tenía barba —negra o blanca—, estaba pintado en una viga o en un madero, a veces presentaba la efigie de un hombre, otras veces de una mujer, hecha de madera, decorada con pan de plata y de oro, o tenía cuatro piernas, dos por detrás y dos por delante. Como sucede en la ciencia ficción, todos los mundos imaginarios se basan en elementos familiares al escritor y a su cultura. En estos casos, bien por maldad o temor, o simplemente por el deseo de agradar a los interrogadores que tenían, obviamente, todo el poder, los templarios *ofrecían* ídolos imaginarios, basando las descripciones en objetos tales como pinturas sobre lienzo y cofres para reliquias, que formaban parte de su vida diaria.

Cronología

1099	Toma de Jerusalén, durante la Primera Cruzada.
1118	Fundación de la Orden templaria, y profesión de sus miembros.
1125	Hugo de Champagne acrecienta el número de caballeros templarios.
1128	Concilio de Troyes: reconocimiento de la Regla del Temple.
1129	Tras recorrer Francia, Inglaterra y España, el gran maestre Hugo de Payns regresa a Palestina.
1130	Los templarios se establecen en Portugal.
1131	Alfonso *el Batallador* hace al Temple de Aragón coheredero de su reino.
1130-35	Textos latinos de la Regla conservados hasta hoy.
1139	*Omne Datum Optimum.* La Orden, bajo protección papal.
1143	*Milites templi.* Concesión de indulgencias a los benefactores de la Orden.
1145	*Militia Dei.* Orden que permite la posesión de capillas y cementerios propios.
1148-49	Desarrollo de la Segunda Cruzada.
1153	Asedio de la plaza de Ascalón.
1157	La Orden obtiene beneficios territoriales en Navarra.
1163	Refuerzo de la protección papal a la Orden templaria.
1158-60	*Addenda* a la Regla en lengua francesa.
1168	Beneficios territoriales en la Corona de Aragón.
1173	Muerte del embajador de la secta de los *Asesinos.*
1179	Tercer Concilio de Letrán.
1187	Batalla de Hattín, y pérdida de Jerusalén por los cristianos.
1189-92	Desarrollo de la Tercera Cruzada.
1198	Concordia de Daroca entre Pedro II y doña Sancha.
1218-29	Cruzada dirigida por el emperador Federico II.
1244	Batalla de La Forbie.
1248-54	Cruzada dirigida por el rey de Luis IX Francia. Beneficios territoriales en el sur de la Península Ibérica.
1257	Creación de la subprovincia comercial de la Pequeña Armenia.
1260	Nuevos *addenda* en lengua francesa a la Regla templaria.
1291	Pérdida de San Juan de Acre. Hundimiento del Imperio latino en Oriente.
1298	Jacques de Molay, elegido gran maestre del Temple.
1304	Insurrección popular en París.
1304-5	Cónclave de Perusa.
1307	Ultimos beneficios a los templarios en Francia. Prisión de caballeros de la Orden. Felipe *el Hermoso* requiere a Jaime II de Aragón para que inicie la persecución.
1308	Comienzo de los procesos a templarios, tras la ocupación de sus posesiones. Reunión en Tours de los Estados Generales.
1309	Las personas y bienes de los templarios, en poder de los monarcas. Concilio de Medina del Campo.
1310	El arzobispo de Sens ordena llevar a la hoguera a 45 templarios. Concilios de Alcalá, Toledo y Salamanca.
1311	Concilio de Vienne.
1312	*Vox in excelso.* Supresión del Temple. Finalización de los concilios de Vienne y Tarragona. Los Estados Generales, reunidos en Lyon.
1313	*Ad providam.* Transferencia de las propiedades de los templarios a la Orden hospitalaria.
1314	Ejecución del último gran maestre, Jacques de Molay.
1317	Fundación en España de la Orden de Montesa.
1319	Fundación en Portugal de la Orden de Cristo.
1331	Juan XXII permite a los caballeros templarios el ingreso en otras órdenes.



Inscripciones y relieves hechos por los templarios en la torre del castillo de Chinon, Francia, donde varios de ellos estuvieron prisioneros en espera del proceso de Poitiers

La Orden del Temple fue suprimida en 1312, y su último Gran Maestre, ejecutado en 1314. Sin embargo, el mito de la orden sobrevivió. La leyenda que hablaba de la maldición de los últimos reyes Capetos como consecuencia del *crimen* de Felipe IV tiene su origen en estos acontecimientos, pues la línea directa de la dinastía terminó en 1328, después de conservar ininterrumpidamente el trono desde el año 987. Algunas personas gustan de pensar que el Temple sobrevivió, después de 1314, como sociedad secreta, y que Molay habría entregado sus poderes y secretos a cierto caballero justamente antes de morir.

En el siglo XVIII se afirmaba que la francmasonería tuvo acceso a estos secretos, y que era la descendiente directa del Temple. En el siguiente siglo las publicaciones y escritos que rodearon la supresión de la Orden generaron todavía suficiente pasión por los objetos que se fabricaban y que se pretendía fuesen una *prueba* concreta de la idolatría templaria. La realidad es que los templarios nunca fueron el ejemplo de virtud descrito por Bernard de Clairvaux y Jacques de Vitry, pero tampoco fueron nunca los monstruos depravados y blasfemos pintados por los jueces de Felipe el Hermoso de Francia.

Bibliografía

Cohn, N., *En pos del milenio,* Barcelona, Barral, 1972. Contamine, Ph., *La guerra en la Edad Media,* Barcelona, Labor, 1983. Chaunu, P., *La expansión europea,* Barcelona, Labor, 1972. Forey, A. J., *The Templars in the Corona de Aragón,* London, 1973. Fossier, R., *La infancia de Europa,* Barcelona, Labor, 1984. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo medieval,* Barcelona, Bruguera, 1981. Knowles, D., *El monacato cristiano,* Madrid, Guadarrama, 1969. Lambert, E., *L'architecture des Templiers,* París, 1978. Martín, J. L., *La Península en la Edad Media,* Barcelona, Teide, 1984. Oartner, P., *The Murdered Magicians: The Templars and their Myth,* Oxford, 1982. Vilar Bonet, M., *Actividades financieras de la Orden del Templo en la Corona de Aragón,* VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, 2, Comunicaciones, Barcelona, 1962.



Caballero templario (grabado siglo XVI, incluido en una obra de Lutero)

Los Templarios

Textos

CUADERNOS historia 16

Un relato de guerra

EL hermano Terrico, gran preceptor de la más pobre casa del Temple, y la más pobre de toda la hermandad, y cabildo, casi del todo aniquilado, a todos los preceptores y hermanos del Temple, a quienes pueden llegar estas cartas, envío un saludo, y que podáis vivir para él, en quien el sol y la luna se maravillan. Las muchas y grandes calamidades que la ira de Dios ha permitido que nos aflijan en este tiempo presente, como consecuencia de nuestros pecados, y que no podemos explicar por carta ni con nuestra lacrimosa voz. ¡Oh, tristeza! Pues los turcos, reuniendo una inmensa multitud de su gente, comenzaron a invadir fieramente nuestros territorios cristianos, y contra ellos enviamos falanges de nuestros hombres, que lucharon durante la octava de los santos apóstoles Pedro y Pablo (1). En un primer momento nos pusimos en camino hacia Tiberíades, que ellos habían capturado, abandonando el campamento. Cuando ellos nos siguieron hasta una zona donde había grandes rocas, nos atacaron violentamente, tanto que capturaron la Santa Cruz y al rey y mataron a un gran número de nuestros hombres, por lo que, en verdad, creemos que ese día 230 hermanos fueron decapitados, sin contar los 60 que fueron muertos el primero de mayo (2). El señor conde de Trípoli, el señor Reginaldo de Sidón, y el señor Balian de Ibelin, y nosotros pudimos escapar con grandes dificultades de aquel lamentable campo de batalla. Luego los paganos, sedientos, sin control, de la sangre de nuestros cristianos, sin pérdida de tiempo se dirigieron a la ciudad de Acre, con toda su multitud, y una vez que la conquistaron violentamente, invadieron casi toda la región. Sólo Jerusalén, Ascalón, Tiro y Beirut (3) quedan en nuestras manos en este momento. Además, de ningún modo podremos conservar estas ciudades, donde casi todos los habitantes han sido muertos, a menos que recibamos inmediatamente ayuda divina y vuestra ayuda. No cesan de atacarnos con violencia día y noche, pues la ciudad de Tiro está siendo asediada sin descanso en este momento, y tan grande es el ejército enemigo que cubre toda la superficie de la tierra desde Tiro a Jerusalén y aún más allá, hasta Gaza, como hormigas. Por ello sería necesario enviarnos ayuda lo más pronto posible, y también a los cristianos de oriente, en la actualidad casi perdidos, de modo que gracias a Dios y a la distinción de vuestra hermandad, las ciudades que quedan puedan ser salvadas por los medios que proporcionéis. Quedad con Dios. *(«Chronica Magistri Rogeri de Hovedene», compil. W. STUBBS, vol. II, Rolls Series, 51. Londres, 1869, págs. 324-325.)*

Delitos y castigos

DESPUES de esto, el miércoles siguiente, que era el decimotercer día de mayo, los mencionados señores comisionados se reunieron en la capilla de Saint-Eloi, salvo los señores de Narbona y Bayeux, que ya se habían excusado, y fue llevado ante ellos, para efectuar su declaración, Aimery de Villiers-le-Duc, de la diócesis de Langres, con la barba afeitada y sin la capa ni las ropas del Temple, cuya edad, como él dijo, era de unos 50 años, y dijo que había sido hermano del Temple durante unos 20 años, y que antes había sido hermano y que había servido en la Orden durante siete años, según dijo. Sin embargo, cuando estos señores comisionados le explicaron los artículos sobre los que era necesario realizar

(1) La semana que sigue al 29 de junio.
(2) Día de la batalla de las Fuentes de Cresson.
(3) La carta se escribió probablemente entre el 10 de julio, cuando cayó Acre, y el 6 de agosto, cuando cayó Beirut.

la investigación con él, el mencionado testigo, pálido y muy asustado, dijo bajo juramento y bajo peligro de su alma, invocando la muerte súbita si mentía, y que fuese a parar al infierno en cuerpo y alma en presencia de los señores comisionados, dándose golpes en el pecho con los puños, y levantando las manos hacia el altar como para confirmar rotundamente, poniéndose de rodillas, que todos los errores atribuidos a la Orden eran sin más falsos, aunque el propio testigo, debido a las numerosas torturas que le fueron infligidas, como dijo, por los señores G. de Marsillac y Hugues de la Celle, caballeros reales, que habían conducido las investigaciones sobre él, había confesado algunos de los errores a que anteriormente se aludió, afirmando que cuando este testigo había visto ayer a 54 hermanos transportados en carros a la hoguera, por haberse negado a confesar sus errores, y cuando había oído que los habían quemado, que él mismo, dudando si podría aguantar el sufrimiento si lo quemaban también a él, habría confesado y declarado por miedo a morir, bajo juramento ante los señores comisionados y otros, en caso de que le hubiesen interrogado, de que todos los errores atribuidos a la Orden eran verdaderos y que también él habría matado al Señor, si se le hubiera exigido, suplicando e implorando a los señores comisionados y a los notarios presentes que no revelasen lo dicho anteriormente a la gente del rey ni a sus carceleros, pues temía, según decía, que si sabían lo dicho anteriormente, sería entregado para ser castigado, como los 54 templarios mencionados antes, que habían sido entregados.

Por ello, cuando los señores comisionados vieron que el testigo parecía estar al borde de un precipicio y que él y otros estaban completamente aterrorizados por lo dicho con anterioridad, y que cierto testigo, recibido previamente por los mismos señores, aterrorizado por los acontecimientos del martes anterior, había vuelto ante ellos para suplicar que su declaración se mantuviese en secreto por el peligro que, temía, podría amenazar, los señores comisionados, debido a los peligros antes mencionados y otros creían que podría amenazar el asunto que debían resolver, y al propio testigo, si los recibían mientras durase el mencionado terror, y también por otras razones, decidían por el momento suspender el examen del testigo y también de otros, hasta que hubiesen llevado a cabo deliberaciones sobre lo anteriormente dicho. Y ordenaron que todo esto quedase registrado en las actas por nosotros, los notarios.

Dado en el día y lugar antes mencionados en presencia de Floriamonte Dondedei, Hugues Nicolas, Guillaume Raoul, y Bernard Imbaut, y los demás notarios nombrados anteriormente. *(«Le Dossier de l'affaire des Templiers», edic. de G. LIZERAND, Les Classiques de l'Histoire de France. París, 1964, págs. 188-192.)*

Un contrato templario

A todos aquellos que puedan examinar las presentes cartas, Hemerico, deán de Provins, saluda en el Señor. Que todos sepan que, ante nosotros, Gilberto, «hombre» de los hermanos de los hospitalarios de Acre en partes allende el mar, reconoce que ha arrendado de los hermanos de la caballería del Temple cierta casa de ellos, llamada la Tuilerie, situada cerca de Provins, en un lugar que se llama Fontenellas, con toda la propiedad perteneciente a la casa y el edificio situado allí, con el fin de hacer tejas grabadas para él por un período continuado de once años, desde la Navidad de 1241, y a lo largo de los siguientes diez años, por seis *livres provins* fuertes entregadas por el dicho Gilberto a los dichos hermanos de los caballeros del Temple en la fiesta de Todos los Santos, cada

año, en Provins. Con esta condición que él promete y que se mantiene bajo juramento hecho con el fin de conservar la mencionada casa, toda la propiedad y el edificio, en el mismo estado en que la encontró o incluso mejor, hasta que finalice el término prescrito. Y respecto a las mencionadas tejas hechas por Gilberto en la casa, Gilberto tiene la obligación de entregar todas las que necesiten los mencionados templarios para sus casas, al precio de 14 *sous provins* cada 1.000 tejas. Dado que él no posee realmente suficiente caución que pueda entregar a los hermanos como garantía, para que los acuerdos se cumplan de manera más firme, Gilberto promete en su juramento invertir sus bienes muebles hasta un valor de 30 *livres provins* fuertes en la casa, y con estos bienes muebles u otros en su lugar hasta el mismo valor con el fin de reforzar la casa y sus propiedades y tutelar a los hermanos desde el mencionado día hasta el mencionado término. Así pues, si el mencionado Gilberto no puede cumplir todo lo convenido respecto de la dicha casa, propiedades y edificio, y lo referente al antes mencionado pago, lugar o término, cada año, a los hermanos, los hermanos pueden confiscar los mencionados bienes muebles, sin recurrir a la justicia seglar ni a impugnación por parte de Gilberto, y los conservarán en sus manos y bajo su jurisdicción hasta que Gilberto haya satisfecho plenamente a los hermanos respecto de todas las deficiencias surgidas en los acuerdos. Si llegara a ocurrir —¡Dios no lo quisiera!— que la mencionada casa y edificio se incendiasen, Gilberto no está obligado a repararlos, pero sí deberá entregar la suma a los mencionados hermanos cada año, como ha quedado escrito. Como testimonio y confirmación de este asunto, el mencionado Gilberto concede a los mencionados hermanos en nuestra presencia la confirmación de las presentes cartas con un sello. Dado en el año del Señor de 1241, mes de enero. *(V. CARRIERE, «Histoire et cartulaire des Templiers de Provins». París, 1919. N.° XVI, págs. 53-55.)*

Constructores de castillos

SOBRE los fuertes gastos diarios debidos a la custodia del castillo de Sáfad.

Así pues, en honor de Jesucristo nuestro Señor y para mostrar el devoto esfuerzo e inmensa necesidad de los santos religiosos y caballeros del Temple y para incitar a la devoción y a la compasión y la caridad de los creyentes cristianos hacia la mencionada Orden y el dicho castillo, informamos sobre los gastos que soporta la casa del Temple por estos edificios. Pues nos informamos e hicimos que nos informasen diligentemente los magnates y dirigentes de la casa del Temple, y en los primeros dos años y medio la casa del Temple gastó en la construcción del castillo de Sáfad, muy por encima de los beneficios e ingresos del dicho castillo, 1.100.000 besantes sarracenos, y los años siguientes unos 40.000 besantes sarracenos. En los gastos diarios dan vituallas y víveres a 1.700 personas o más, y en tiempos de guerra, a 2.200. Como personal del castillo se necesita a diario disponer de 50 caballeros y 30 hermanos sirvientes con caballos y armas y 50 turcópolos con caballos y armas y 300 ballesteros, 820 trabajadores de otros tipos, y 400 esclavos. Y anualmente pagan unas 12.000 cargas de mula de cebada y trigo, aparte de otros víveres y los salarios que se pagaban a los mercenarios y contratados, y los caballos y monturas y otros elementos necesarios que no son fáciles de computar.

Sobre la utilización del castillo y de los lugares de devoción situados en las proximidades.

La medida en que el castillo es útil y necesario a toda la tierra

de los cristianos y peligrosa para los infieles, puede verse a través de las experiencias de aquellos que saben que antes de la construcción del castillo antes mencionado, los sarracenos, los beduinos, los juarezmios y los turcomanos * solían llevar a cabo ataques, con frecuencia, hasta Acre y por el resto de las tierras de los cristianos. Pero la construcción del castillo de Sáfad significó una defensa y un obstáculo de tal modo que no osaron atacarlo cruzando abiertamente el río Jordán hasta Acre, a menos de disponer de un ejército muy numeroso, y de Acre a Sáfad los caballos de carga y los carros pudieron viajar sin problemas, y la agricultura y el cultivo de la tierra pudieron llevarse a cabo libremente por parte de todo el mundo. Del río Jordán a Damasco la tierra permanece sin cultivar y casi yerma debido al temor al castillo de Sáfad, desde el cual se ejecutan ataques a gran escala y depredaciones y devastaciones hasta Damasco y en los que los hermanos del Temple han conseguido victorias milagrosas contra los enemigos de la fe, tantas que no es fácil enumerarlas, pues para hacerlo sería necesario un grueso libro. De todos modos, no hay que pasar por alto que por el lado de Acre, bajo el castillo de Sáfad, en un lugar fortificado, hay un burgo o aldea grande, donde hay un mercado y una multitud de gente, y que pueden ser defendidos desde el castillo. Asimismo, el castillo de Sáfad tiene bajo su jurisdicción y señorío y en su distrito, más de 260 *casalia*, que en francés se llaman *villages*, en donde viven más de 10.000 hombres con arcos y flechas, sin contar a otros de los que se deriva mucho dinero entre el castillo de Sáfad y los demás religiosos y los caballeros y los barones a quienes pertenecen los dichos *casalia*, de los que se obtenía muy poco o nada antes de la construcción de Sáfad, ni hoy se obtendría nada si no fuese porque se construyó el castillo, ya que el sultán y los demás sarracenos lo tenían todo. Además de la utilidad, no debe olvidarse que ahora la fe de nuestro Señor Jesucristo puede predicarse libremente en todos los lugares anteriormente mencionados y la blasfemia de Mahoma ser destruida y atacada públicamente en los sermones, lo que no podía hacerse antes de la construcción de Sáfad. Y los sarracenos tampoco se atreven a proclamar públicamente la blasfemia de Mahoma contra la fe de nuestro Señor Jesucristo, como hacían antes. Además, ahora se pueden visitar los famosos lugares que se hallan en el distrito del castillo de Sáfad, tales como la cisterna de José, junto a la cual fue vendido por sus hermanos, y la ciudad de Cafarnaúm, situada en los territorios de Zabulón y Neftalí, donde nuestro Señor Jesucristo acostumbraba predicar y donde llevó a cabo personalmente muchos milagros y donde Pedro pagó el tributo con el dinero hallado en la boca de un pez para él y para nuestro Señor Jesucristo (Mateo, XVII) y donde Mateo estaba sentado en la aduana, de la que salió para unirse al apostolado. Item cerca de allí está el lugar en las montañas en dirección a Tiberíades, donde con cinco panes de cebada y dos peces el Señor dio de comer a 5.000 personas, y aun sobraron 12 cestos llenos de sobras. Y fue cerca de este lugar donde, después de la Resurrección, Jesús se presentó ante los discípulos y comió con ellos, que según el Evangelio es el cuarto día santo después de Pascua, y ese lugar se llama habitualmente la Mesa del Señor, donde hay una iglesia y peregrinaciones anuales. Item allí, cerca del mar de Tiberíades se encuentra el *casal* llamado de Bet-

---

* Los sarracenos son, en general, los árabes y musulmanes; los beduinos son los nómadas de las actuales Jordania, Siria, Arabia, etc.; los juarezmios son los habitantes del Imperio iranio de Juárezm o Jórezm; y los turcomanos son turcos del Asia Central, que habitan también en el norte de Irán y en puntos de Irak. (N. del T.)

saida, donde nacieron Pedro y Andrés, Felipe y Jacobo el Menor, y donde Cristo escogió a Pedro y a Andrés y a los dos hijos de Zebedeo para el apostolado. Item allí, cerca del mar de Tiberíades, en dirección a Tiberíades, está el lugar que se llama Magdalón, que se cree que es el lugar de nacimiento de la Magdalena. Otros muchos lugares religiosos, como Nazaret, el monte Tabor, Canaán de Galilea y muchos otros pueden visitarse libremente y sin peligro gracias a la existencia del castillo de Sáfad. Y debido a esto puede saberse cuánto la construcción y establecimiento de Sáfad reduce y mina la acción de los sarracenos y cuánto aumenta y beneficia a los cristianos, que se hizo para amedrentar y debilitar y contener a los infieles y para engrandecer, extender y reforzar a la fe, en honor de nuestro Señor Jesucristo y para exaltación de la Santa Iglesia de Dios. *(«De constructiones castri Saphet», edición de R.B.C. Huygens, «Studi medioevali», serie 3, VI, 1965, 384, 385-387.)*

Profesión en el Temple

DON Alvaro atravesó por medio de ellos, acompañado de sus dos ancianos padrinos y fue a arrodillarse ante las gradas del trono del maestre. Extendió éste su cetro hacia él y le preguntó sus deseos. Don Alvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: *«El que quiera ser de mi grey tome su cruz y sígame»*, yo, aunque indigno y pecador, he aspirado a tomar la del Templo de Salomón para seguirle.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes —respondió el maestre con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolución y valor para pedirla, a pesar de mis culpas —respondió el neófito.

—¿Habéis pensado —repuso el maestre— que el mundo acaba en estos umbrales silenciosos y austeros?

—Yo me he despojado a la puerta del hombre viejo para revestirme del hombre nuevo.

—¿Hay alguno entre todos los hermanos presentes que pueda notar al aspirante de alguna acción ruin por la que merezca ser degradado de la dignidad de caballero?

Todos guardaron un silencio sepulcral.

Arrodillándose entonces don Alvaro sobre un cojín de terciopelo negro con flecos y borlas de oro, y desarrollando un gran pergamino que tenía por cabeza la cruz del Temple en campo de oro, y a la luz de una bujía con que alumbraba Saldaña, leyó su profesión, concebida en estos términos:

«Yo, don Salvador Yáñez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometo obediencia ciega al maestre de la Orden del Templo de Salomón y a todos los caballeros constituidos en dignidad; castidad perpetua y pobreza absoluta. Prometo, además, guardar riguroso secreto sobre todos los usos, ritos y costumbres de esta religión; procurar su honra y crecimiento por todos los medios que no estén reñidos con la ley de Dios y, sobre todo, trabajar sin tregua en la conquista de la Jerusalén terrena, escalón seguro y senda de luz para la Jerusalén celestial. Prémieme Dios en proporción de mis obras, y vosotros como delegados suyos.»

Entonces los padrinos comenzaron a desarmarle y los circunstantes a cantar el salmo *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, con voces vigorosas y solemnes. Calzáronle espuelas de acero, y de acero bruñido también fueron las grevas, peto, espaldar y manoplas con que sustituyeron su armadura; por último, le ciñeron una espada de Damasco y le pusieron en la cinta un puñal buido de fino temple,

pero sin ningún género de adorno. Echáronle, por fin, el manto blanco de la Orden y entonces le vendaron los ojos, en seguida de lo cual se postró en el suelo, mientras la congregación cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos. Acabóse, por fin, el cántico, cuyas últimas notas quedaron vibrando en las bóvedas de la iglesia, en medio del profundo silencio que reinaba en sus ámbitos, y entonces sus padrinos acudieron a levantarle y le destaparon los ojos, que al punto volvió a cerrar, porque, acostumbrados a las tinieblas, no pudieron sufrir la vivísima luz que, como una celeste aureola, iluminaba aquel templo, momentos antes tan adusto y sombrío. Las colgaduras negras estaban recogidas y los altares todos resplandecían con infinitas antorchas; el aire estaba embalsamado con delicado incienso que, en vagos e inciertos festones, se perdía entre los arcos y columnas; y los caballeros todos tenían en las manos velas blanquísimas de cera encendidas. En cuanto descubrieron a don Alvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el salmo *Magnificat anima mea Dominum*, durante el cual, conducido por sus padrinos, fue abrazando a todos sus hermanos y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad. Concluido este acto, aproximaron todos en orden sus sitiales al trono del maestre, dejando en medio a don Alvaro, que de pie y con los brazos cruzados, oyó la plática que el maestro o su inmediato dignatario solían dirigir al profeso. En tiempos más dichosos versaba sobre las glorias y prosperidad de la Orden, la consideración de que gozaba en toda la cristiandad, y, por último, sobre los deberes rigurosos y terribles del nuevo caballero; pero entonces que la hora de la prueba había llegado y aquel astro luminoso padecía tan terrible eclipse, las palabras de don Rodrigo tuvieron aquel carácter religioso, profundo y melancólico propio de todas aquellas catástrofes que pasman y sobrecogen al mundo. Por último vino a recaer el razonamiento sobre los serios y terribles deberes que el soldado de Dios se imponía al entrar en aquella milicia, y entonces, levantándose de su trono, alzando el cetro y enderezando su talla majestuosa, concluyó diciendo con acento severo y grave:

—¡Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes a tus juramentos, tu vida se apagará al punto como estas candelas, y unas tinieblas más densas todavía cercarán tu alma por toda una eternidad!

Al decir esto, todos los caballeros mataron sus luces por un movimiento unánime, y en el mismo instante bajaron los negros y tupidos velos de los altares, dejando la iglesia en una oscuridad pavorosa. *(ENRIQUE GIL Y CARRASCO, «El Señor de Bembibre», capítulo XXII.)*

Visión literaria del Temple

LA caballería del templo de Salomón había nacido en el mayor fervor de las cruzadas, y los sacrificios y austeridades que les imponía su regla, dictada por el entusiasmo y celo ardiente de San Bernardo, les habían granjeado el respeto y aplauso universal. Los templarios, en efecto, eran el símbolo vivo y eterno de aquella generosa idea que convertía hacia el sepulcro de Cristo los ojos y el corazón de toda la cristiandad. En su guerra con los infieles, nunca daban ni admitían tregua, ni les era lícito volver las espaldas aun delante de un número de enemigos conocidamente superiores; así es que eran infinitos los caballeros que morían en los campos de batalla. Al desembarcar en el Asia los peregrinos y guerreros bisoños encontraban la bandera del Temple, a cuya sombra llegaban a Jerusalén sin experimentar ninguna de las zozobras de aquel peligroso viaje. El descanso del monje y la gloria y pompa mundana del soldado les estaban igualmente vedados, y su vida entera era un tejido

de fatigas y abnegación. Europa se había apresurado, como era natural, a galardonar una Orden que contaba en su principio tantos héroes como soldados, y las honras, privilegios y riquezas que sobre ella comenzaron a llover, la hicieron en poco tiempo temible y poderosa, en términos de poseer, como decía don Rodrigo, nueve mil casas y los correspondientes soldados y hombres de armas.

Como quiera, el tiempo, que todo lo mina; la riqueza, que ensoberbece aun a los humildes, la fragilidad de la naturaleza humana, que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales, y, sobre todo, la exasperación causada en los templarios por los desastres de la Tierra santa, y las rencillas y desavenencias con los hospitalarios de San Juan, llegaron a manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Desde la altura a que los habían encumbrado sus hazañas y virtudes, su caída fue grande y lastimosa. Por fin perdieron a San Juan de Acre, y, apagado ya el fuego de las cruzadas a cuyo calor habían crecido y prosperado, su estrella comenzó a amortiguarse, y la memoria de sus faltas, la envidia que ocasionaban sus riquezas y los recelos que inspiraba su poder, fue lo único que trajeron de Palestina (...).

Para conjurar todos estos riesgos imaginó Felipe el Hermoso, rey de Francia, la medida, política sin duda, de aspirar al maestrazgo general de la Orden, que todavía llevaba el nombre de ultramarino; pero el desaire que recibió, junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los días que le dieron amparo contra una conmoción popular, acabó de determinar su alma vengativa a aquella atroz persecución que tiznará eternamente su memoria. El Papa, que, como único juez de una corporación eclesiástica, debía oponerse a las ilegales invasiones de un poder temporal, no se atrevía a contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta a la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendía. De aquí resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veían la tibieza con que defendía la cabeza de la Iglesia la causa de los templarios, se inclinaban a lo peor, como generalmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe cada día adquirían más popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz.

Aunque entre los templarios españoles la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres más puras y acendradas y daba a su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, también es cierto que los vicios consiguientes a la constitución de la Orden no dejaban de advertirse en nuestra patria. Por otra parte, el Temple, en último resultado, era una Orden extranjera, cuya cabeza residía en lejanos climas, al paso que a su lado crecían en nombres y reputación las de Calatrava, Alcántara y Santiago, plantas indígenas y espontáneas en el suelo de la caballería española y capaces de llenar el vacío que dejaran sus hermanos en los escuadrones cristianos. Toda comparación, pues, entre unas Ordenes y la otra debía perjudicar, a la larga, a los caballeros del Temple, y, por otra parte, conociendo los estrechos vínculos de su hermandad, difícil era separarlos de la responsabilidad de las acusaciones de la corte de Francia. De manera que los templarios españoles, algo más respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros países, no por eso dejaban de ser objeto de la envidia y codicia para los grandes y de aversión para los pequeños, perdiendo sus fuerzas y prestigio en medio de la especie de pestilencia moral que consumía sus entrañas. *(ENRIQUE GIL Y CARRASCO, «El Señor de Bembibre», capítulo IV.)*